

ANTOLOGIA
CONSULTADA

de la

Joven Poesía Española

1952

La Poesía podrá no ser lectura mayoritaria, pero sin duda es más que tema para unos pocos iniciados. La realidad, sin embargo, es que el hombre culto —el hombre que debiera ser culto— ni conoce poemas ni sabe de poetas.

No lee Poesía, cuando la castellana de nuestro siglo es infinitamente superior a la de siglos pasados, y quizá el único refugio posible contra la agresiva mezquindad ambiente.

Pero no bastará llegar a los fines de espíritu, a las mentes cultivadas, a las sensibilidades despiertas, y decirles que incurren en grave manquedad si ignoran la muy estimable producción poética de su tiempo.

Habrán que mostrarles, además, lo que en verdad está logrado, lo que es autén-

(Continúa en la solapa posterior)

LIBRERÍA BERCEO
(LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS)
Calle Juan de Herrera, 6
(Junto a Calle Mayor)
28013 MADRID
Teléf.: 91 559 18 50
libreriaberceo@hotmail.com

DG

COM

+ . 633

ANTOLOGIA
CONSULTADA

de la

Joven Poesía Española

1952

PRIMERA EDICION

Publicada en julio de 1952

ANTOLOGIA

CONSULTADA

de la

Joven Poesía Española

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Reservados todos los derechos

R. 184989

EL EDITOR SE JUSTIFICA

El editor se justifica en el momento en que el lector se pregunta por qué el editor no ha publicado tal o cual obra. El editor se justifica en el momento en que el lector se pregunta por qué el editor no ha publicado tal o cual obra.

El editor se justifica en el momento en que el lector se pregunta por qué el editor no ha publicado tal o cual obra. El editor se justifica en el momento en que el lector se pregunta por qué el editor no ha publicado tal o cual obra. El editor se justifica en el momento en que el lector se pregunta por qué el editor no ha publicado tal o cual obra.

El editor se justifica en el momento en que el lector se pregunta por qué el editor no ha publicado tal o cual obra. El editor se justifica en el momento en que el lector se pregunta por qué el editor no ha publicado tal o cual obra. El editor se justifica en el momento en que el lector se pregunta por qué el editor no ha publicado tal o cual obra.

Lo siente, pero lo estima necesario. La Antología que se le ocurrió editar, si no enteramente original, por lo menos es bastante insólita. Parece obligada una explicación del porqué y el cómo de su iniciativa.

Quiso que otros la dieran por él, pero entre los fracasos parciales que ha de reconocer, éste es uno de los que más lamenta: pues el sonar su voz en este concierto significa echar por la borda el querido anonimato en que siempre se refugió para mejor reír de sus pecados. Aunque no importa tanto, después de todo, como tampoco importa que hable de sí mismo antes de hablar de los demás. Lo hace sólo para saludar —para dar la cara, se diría ahora— y para marcharse en seguida.

Como tantos, es amigo de la Poesía y de los Poetas. Conoce y trata a muchos, quiere a unos pocos y los respeta a todos. Les concede, por experiencia y convicción, un lugar aparte en la escala social. Pero, sobre todo, entiende que la Poesía de cada tiempo es uno de los fenómenos humanos más interesantes y sugeridores. Más

sensible, y también más expresiva que cualquier otra Arte bella, la Poesía de cada época recoge siempre la vibración más peculiar de su momento y anticipa la del porvenir inmediato. El auténtico Poeta, espiritualmente fuera de su mundo, profetiza sin pretenderlo cuando adopta un tono, una manera de expresión, hasta unos temas que no haremos totalmente nuestros sino pasado cierto tiempo.

Voces doctas han sentado una afirmación de considerable importancia. Vivimos —han dicho— un nuevo Siglo de Oro de la Poesía. Y, en efecto, basta recordar lo que dieron los tiempos pasados y lo que han dado las presentes generaciones, para advertir la enorme diferencia en cuanto a calidad de nuestra producción poética. El hecho es indiscutible, pero no para expuesto en lugar como éste. Lo que ha de señalarse aquí, porque es la razón primera de nuestra Antología, es que esa realidad de nuestro tiempo es conocida de pocos y reconocida por menos. Grave mal.

La Poesía —decíamos en la carta-encuesta que luego se mencionará —podrá no ser lectura mayoritaria, pero sin duda es más que tema para unos pocos iniciados. Y la realidad, sin embargo, es ésa. No sólo el hortera enamorado ya no recita poemas a la luz de la luna, sino que el hombre culto, el hombre que debiera ser culto, ni conoce poemas ni sabe de poetas. No se lee Poesía, cuando la castellana de nuestro siglo es infinitamente superior a la de siglos pasados; no se lee Poesía, cuando las ediciones, las revistas, las colaboraciones poéticas son más abundantes que nunca lo fueron. No se lee Poesía, cuando es quizá el único

refugio posible contra la agresiva mezquindad ambiente.

El hecho es de tal entidad, que requiere más de una razón que lo explique y más de un remedio que lo repare. Entre las explicaciones, unas permanentes y otras circunstanciales, está el exceso de premios, revistas, colecciones, veladas de café, capillas y modas literarias...

Esa superabundancia es peligrosamente decisiva. La selva de nuestra producción poética es cada día más densa, y los guías tan numerosos y a veces tan osados, que más sirven para extraviar que para conducir. Así, no es mucho que se confundan, se aburran y se aparten los no iniciados, los que se acercaron de buena fe y hasta con entusiasmo a nuestra Poesía, que si en sus mejores representantes es de calidad para enorgullecer, en su conjunto es para marear.

Por eso no bastaría llegar a los finos de espíritu, a las mentes cultivadas, a las sensibilidades despiertas, y decirles que incurren en grave manquedad, que no tienen derecho a considerarse espirituales ni cultos ni sensibles, si ignoran la muy estimable producción poética de su tiempo. Habría que mostrarles, además, lo que en verdad está logrado, lo que es auténtico, lo que de un modo noble refleja y magnifica ese tiempo.

Esa es la misión de nuestra Antología, concebida con las limitaciones precisas para que llene estrictamente su finalidad de orientar, de llevar hacia lo mejor a quienes luego han de interesarse por conocer lo bueno.

Y ello, con una autoridad que nadie —y menos nuestra humilde personalidad— podría

atribuirse en derecho: cada uno tiene sus preferencias. Pero es demasiada pretensión la de darlas como mejores y en letras de molde.

Sin embargo, la suma de muchos "cada uno", la suma de muchas opiniones de quienes las tengan justificadas y firmes, ¿no señalará, con una acumulación de coincidencias, ese terreno adonde queremos llevar a los lectores?

La convicción de que así sería, nos decidió al intento de esta que ha debido llamarse Antología Consultada, aunque el título no nos haya satisfecho. Al efecto, y previo un riguroso estudio del que luego se hablará, nos dirigimos en carta-encuesta a unas sesenta personalidades que podían responder con solvencia a esta pregunta: "¿Quiénes son, en opinión suya, los diez mejores poetas, vivos, dados a conocer en la última década?"

Pero esto es ya entrar en otro apartado de nuestra labor: el que explica cómo la realizamos. Explicación que no será ociosa, al menos para un buen grupo de enterados, con quienes discutiremos las limitaciones que deliberadamente nos impusimos. Aunque tampoco faltan aspectos curiosos que entretengan a cualquier lector, nunca tan separado del mundillo literario que ignore muchas de las características que les son peculiares.

Para clarear la selva, para acotar el sitio preciso en donde está lo más significativo de nuestra Joven Poesía, había antes que recortar el espacio y el tiempo en que se intentaba la

aventura. Un imperativo de actualidad hacía fácil la parte primera, y se dejaron fuera de cuestión los poetas conocidos antes de nuestra guerra.

Sin embargo de esta aparente facilidad, el señalar exactamente la limitación había de tener, ya a priori, consecuencias poco justas. Ninguna frontera es lo tajante que uno quiere, y en este caso quedaban en un espacio indeciso y sujetos a interpretaciones particulares, nombres como los de Carmen Conde y Leopoldo Panero, que ya merecían una alta consideración en 1937, pero que entonces no tenían editada obra poética. Hubo que correr el albur, y se corrió.

Más sencilla de explicar, aunque también ha tenido sus discusiones, es la limitación de poetas "vivos". Los nombres de Miguel Hernández y José Luis Hidalgo se han excluido decididamente, por una simple circunstancia de oportunidad editorial.

La objeción que más se ha repetido —todavía la menciona alguna Revista— es la que se refiere al número de poetas a señalar. ¿Por qué diez, y no cinco, o veinte...?, se nos ha dicho. Desde luego, el número de diez es caprichoso, como lo sería otro cualquiera. Pero de un modo relativo, como lo mostrarán las razones que siguen, y, sobre todo, el resultado de la encuesta.

Nosotros no juzgábamos por anticipado que fueran diez, exactamente, los poetas de nuestra joven generación que merecían ser destacados. Creíamos saber —pues la opinión no es libre, sino obligada— que eran menos, cinco quizá. Pero mis cinco no serían los cinco de otro, y con el mismo derecho. Y en esta época, que se caracteriza más por lo exiguo de las mayorías que por lo escaso

de las minorías, ceñirse al número escueto era arriesgarse de modo tonto a que unos cinco, con pequeña ventaja, aplastaran a los otros cinco. Consideración que tomaba importancia, hasta llegar a ser grave y decisiva, si pensamos que, en vez de nombres, la encuesta podía destacar tendencias, modos, conceptos poéticos y vitales.

Y el concepto lo es todo, cuando se trata de preferencias que no se pesan ni se miden ni aun tienen por juez el gusto. Sino que responden al color de ese insobornable cristal a través del que miramos el palpitar de nuestro tiempo.

Pensando en ello, pedimos a los poetas seleccionados unos trabajos previos, no de *Poética* precisamente —término de moda hoy, y por tanto muy usado y abusado—, sino del “modo de concebir y realizar su Poesía”. Léanse con la atención que merecen esos sustanciosos trabajos y los poemas que les siguen, y aparecerán —todo lo claro que es posible— dos actitudes perfectamente diferenciadas. ¿Se comprende ahora el peligro de haber decidido un número menor de seleccionables?

Uno mayor, no hubiera hecho sino añadir confusión; no hubiera cambiado los nombres que ahora se han destacado y, a lo más, habría levantado paralelamente la línea del gráfico que se incluye luego, y que precisamente se ha prolongado para esa demostración. Gráfico, por otra parte, que responde a cualquier objeción de ese tipo, con esa magnífica evidencia que se comprende con los ojos, y que está gritando la sorprendente conclusión de que los poetas destacables —no por nosotros, y siempre teniendo en

cuenta las imperfectas condiciones con que se ha planteado la encuesta— son nada más que nueve.

Limitación que también será discutida, pero cuya responsabilidad asumimos con la más serena convicción de ser justos. Y hasta misericordiosos: porque así, todos y cada uno de los muchos poetas que han obtenido mención en cualquier lista, tienen derecho a creerse en ese décimo lugar que la arbitrariedad de un editor irresponsable les ha burlado.

Pero el editor —efectivamente arbitrario, aunque menos de lo que parece— no puede olvidar lo aleatorio del procedimiento empleado, ni que la susceptibilidad de los poetas está en legítima razón directa con su sensibilidad. Por lo cual ha decidido restar concreción a los resultados, no señalando el puesto que a cada uno corresponde por el número de veces que ha sido mencionado. El más favorecido, a quien se consultó, se ha negado modesta y ejemplarmente a que le sacáramos de fila. Pero confundirle —a él y a los demás— en la estimación general que se haga de esta Antología, con quien ocupa el décimo lugar, nos parece injusto: del puesto quinto al noveno, el porcentaje de menciones es casi el mismo; pero del noveno al décimo, hay un peldaño demasiado significativo para que se ignore.

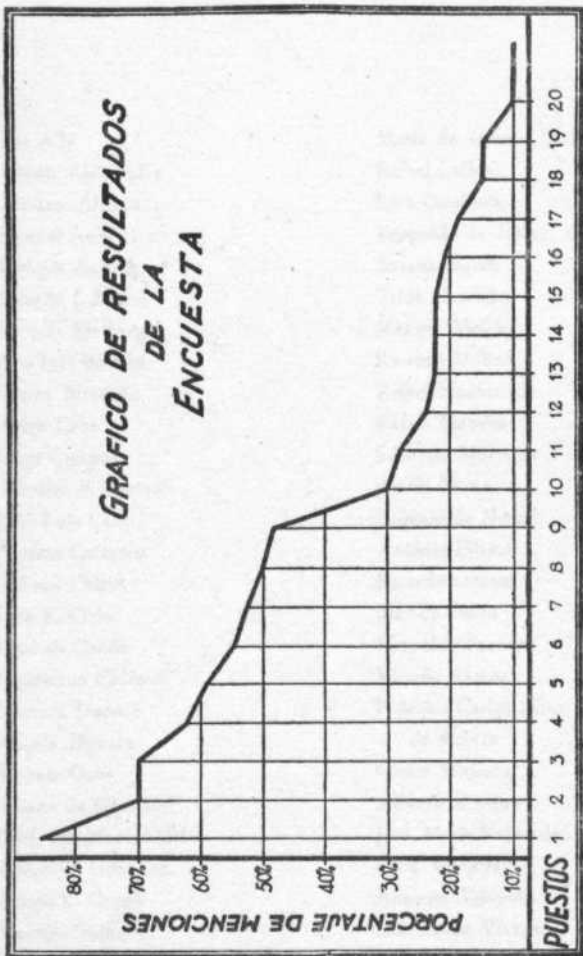
Sólo nos queda ya el capítulo de las disculpas y de las gratitudes. Perdonen tantos y tantos como tenían derecho a ser molestados con nuestra pregunta y que no lo fueron; tengan la seguridad de que no han sido desdeñados ni —probablemente— olvidados; pero también habíamos de limitar el número de los consultados, y confesa-

mos nuestra sorpresa al advertir hasta dónde podía llegar la cifra. Una vez más nos vimos en el trance de ser arbitrarios, y lo fuimos.

Para la elección de los que habían de ser sacrificados, se tomaron en cuenta todos aquellos factores que podían influir en su idoneidad, personalmente y en conjunto: Poetas de todas las generaciones y estimaciones, Poetisas —perdone quien no quiera ser llamada así—, críticos, rectores de revistas, "connaisseurs"... , unos cuantos de cada categoría, pero además mirando el mapa geográfico y de tendencias de nuestra España de hoy. Algunos pocos se excusaron, y otros menos no tuvieron a bien responder: no se lo reprochamos demasiado, en un país donde —por lo muy visto— contestar a las cartas no es una obligación social.

Nuestras últimas palabras son de cálida, ferviente gratitud para los demás con cuyos nombres honramos esta edición. Para aquellos que supieron comprender el alcance espiritual de nuestra empresa y quisieron fiar en nuestra discreción y en nuestra lealtad. ¡No crean que ha sido fácil misión la de velar explosivos de la categoría de unas listas donde las exclusiones eran inevitables!

**GRAFICO DE RESULTADOS
DE LA
ENCUESTA**



*PARA LA SELECCION DE ESTA ANTOLOGIA,
SE CONSULTO A:*

José Albi	María de Gracia Ifach
Vicente Aleixandre	Rafael Laffón
Dámaso Alonso	Luis Landínez
Manuel Arce	Leopoldo de Luis
Enrique Azcoaga	Susana March
Ricardo J. Blasco	Trina Mercader
Germán Bleiberg	Manuel Molina
Ana Inés Bonnin	Ricardo Molina
Carlos Bousoño	Rafael Montesinos
Pedro Caba	Rafael Morales
Jorge Campos	Eduardo Moreiras
Bernabé F. Canivell	Pío G. Nisa
José Luis Cano	Eugenio de Nora
Vicente Carrasco	Antonio Oliver
Gabriel Celaya	Ricardo Orozco
Juan E. Cirlot	Blas de Otero
Carmen Conde	Leopoldo Panero
Victoriano Crémer	Vicente Ramos
Ventura Doreste	Federico Carlos Sáinz de Robles
Angela Figuera	Carlos Salomón
Vicente Gaos	Alberto Sánchez
Ramón de Garcíasol	José María Valverde
Ildefonso Manuel Gil	Pura Vázquez
Fernando González	Antonio Vilanova
Jacinto L. Gorgé	Luis Felipe Vivanco
Ricardo Gullón	Concha Zardoya
José Hierro	

CARLOS BOUSOÑO

EL POETA Y SUS GUSTOS

1

Lo que el poeta dice de las obras ajenas o de la poesía en general, no suele ser otra cosa que la definición de su propia poesía particularísima. No exijáis, pues, de él verdades generales, universal o intemporalmente valederas. Todo artista, en cuanto tal, no ve más allá de sus narices. Pero aunque reducido, el campo de su visión es un orbe completo y está regido por leyes perfectas e inexorables. Atento a esas leyes, creyente de ellas, no puede escuchar la música de otros universos, y sólo se para a oír las misteriosas cadencias fraternales.

* * *

Esto no significa que el poeta deje de estimar a los artistas que le precedieron y a aquellos otros que son sus coetáneos. Sucede lo contrario. La grandeza de un poeta puede medirse por su capacidad de admiración. Pero el diámetro de su entusiasmo sólo alcanza a aquellas obras que de un modo u otro tienen un parentesco con la suya. Y esto es cierto hasta un grado tal, que conocien-

do exactamente el gusto de un escritor de veinte años, pudiéramos vaticinar el desarrollo postrero de su arte. Porque, repito, un poeta sólo admira lo que se parece, por algún sitio, a sus versos pasados, presentes o futuros. Si de joven escribe poesía de gran belleza formal, y sin embargo, se siente punzado por la melancolía becqueriana, podéis jurar, años después, ha de ofreceros versos sentimentales. Y cuando aquello ocurra, estaréis seguros de que "Las Soledades" de Góngora no le dejarán frío.

* * *

Un poeta joven cuyo gusto sea muy amplio ha de producir, pues, en el futuro una obra de muy variados registros. Y al revés: un poeta de gusto reducido en su juventud, ha de cantar siempre con monotonía de cigarra. Pero ni una cosa ni otra puede ser suficiente motivo de valoración. Monocorde era Unamuno, y no por ello juzgamos su obra inferior a otras más cambiantes.

* * *

El mejor crítico es siempre el poeta. Pero desconfiad de sus juicios cuando os hable de aquellos autores que no se le parecen. ¡Qué acertadas cosas nos dice Unamuno de los escritores "unamunescos" *avant la lettre*, y qué desatinos le hemos escuchado al referirse a poetas de órbita exterior a la suya! Lo malo de Unamuno como valorador de obras ajenas, es que se enzarzó en

todo lo divino y lo humano, cuando debió limitarse a lo estrictamente unamunesco.

* * *

Poco interés puede ofrecer un índice de mis preferencias. Pero por si a alguien pudieran importarle procuraré recordar algunas: Cancionero español, San Juan de la Cruz, Lope, ¡Quevedo!. Góngora, Shelley, Keats, Verlaine, Leopardi, Bécquer, Antonio Machado, Unamuno, Rilke, y de la poesía posterior, un buen plantel lírico. Creo que el nuestro es en la poesía el mejor Siglo de Oro. De los poetas tradicionalmente famosos, algunos me son antipáticos. No puedo soportar a Herrera, Garcilaso me produce escaso placer, y me desagrada la mayor parte de la obra de Fray Luis, con la excepción casi única de la Oda a la Ascensión, que juzgo excelente. ¿Razones para tan paradójicos desdenes? Sólo expondré una: que esos escritores no son de mi cuerda. Por lo cual sospecho que la culpa de mi falta de entusiasmo no la tienen ellos, sino yo mismo. ¡Qué le vamos a hacer!

Porque no es cierto que se pueda juzgar con justeza la calidad de una obra que a uno no le gusta. Lo que no nos gusta es para nosotros, si no somos excesivamente orgullosos, un enigma. Lo más que podemos hacer es aceptar humildemente

el juicio de los demás, cosa que me parece muy noble.

* * *

No, no hay una estimativa distinta de una gustativa. Estimamos con el gusto. Si no fuera así, las personas de gran intelecto y nula sensibilidad nos darían opiniones valiosísimas sobre asuntos de arte. ¡Y ya sabemos lo que puede esperarse en ese terreno de los insensibles, por muy larga que sea la longitud de su caletre!

(Decir lo cual no incluye desprecio a la inteligencia, sino escepticismo sobre las posibilidades de la inteligencia para emitir juicios estéticos; una verdad que hubiera complacido a Perogrullo.)

2

Sé poeta de hoy, "ma non troppo". Quien quiera ser "muy de hoy" está en grave peligro de no ser poeta de mañana. En el siglo XVIII fueron "muy del momento" las odas filosóficas de Meléndez Valdés y las excrecencias líricas de Jovellanos. Y en el XIX, Campoamor, Núñez de Arce y Bartrina eran de una actualidad sin par. Tanto, que en el siglo XX resultaron insoportables. En cambio, Bécquer y Machado, poetas menos frenéticamente de su tiempo, fueron gustados

después, y la emoción de sus versos sobrenadó en el oleaje de las escuelas posteriores.

* * *

Cuando un poeta te ha arrebatado en otro tiempo y hoy ha dejado de gustarte, acostúmbrate a dar la razón al hombre que fuiste, y no al que eres ahora.

* * *

¿Poesía realista? Si os referís a la realidad interior, no me parece mal. Toda verdadera poesía ha sido siempre realista: no hay poeta que no transmita un contenido *real* de su alma (percepciones sensoriales o intuiciones fantásticas, conceptos y sentimientos). Pero si queréis significar "poesía escrita en el lenguaje consuetudinario", no estoy conforme. Y si deseáis decir "poesía que refleje las cosas tal como son", no logro entender lo que esas palabras pretenden significar. ¿Lo que son para todo el mundo? Diréis trivialidades, porque lo que "todo el mundo" ve de las cosas es su aspecto más obvio, superficial, insignificante y hasta erróneo. ¿Lo que tú ves? De acuerdo: expresas entonces tu realidad interior, como ha hecho siempre el poeta.

después y la emoción de sus versos sostenida en el objeto de las escuelas posteriores.

Quando un poeta se ha arrebatado en otro tiempo y hoy ha dejado de gustarte, acostúmbrate a dar la razón al hombre que gustó, y no al que eres ahora.

¿Poesía realista? Si se refiere a la realidad interior, no me parece mal. Toda verdadera poesía ha sido siempre realista; no hay poeta que no transmita un contenido real de su alma (percepciones sensoriales o intuiciones lánicas, conceptos y sentimientos). Pero al decir "realista" "poeta realista" en el lenguaje consuetudinario, lo estoy diciendo. Y si deseas decir "poeta que refleje las cosas tal como son", no lo sé entender lo que esas palabras pretenden significar. ¿Lo que son para todo el mundo? Dices trivialidades porque lo que "todo el mundo" ve de las cosas es un aspecto más o menos superficial, insignificante y hasta trivial. ¿Lo que tú ves? De acuerdo; expresas entonces tu realidad interior, como has hecho siempre el poeta.

RECUERDO DE INFANCIA

UN niño fuí. Un niño que en tus manos
quiso beber un día dulces aguas,
dulces hierbas tocar, céspedes suaves
donde apoyar su carne iluminada.

Ah, mi vuelo de música entre frondas,
mi fuga de cristal infantil, rauda,
mi constante pasar ante tu muda
ante tu torva estatua.

Quieta, quieta mujer, sola en el día,
mujer sin luz, mujer de sombras largas,
resecó muro sin dolor: materia.

¡Dura mujer amarga!

Nunca tuviste amor. Jamás un cielo
bajó hasta ti su luz tímida y blanca,
ni el viento del espíritu un instante
te arrebatara.

Estabas seca. Pero no, no amaste
ni siquiera la sed en ti estancada,

ni el peñasco brutal que como un puño
en la tierra te alzaba.

Yo te vi siempre, siempre, paseando
tu enorme cola por la triste estancia,
mientras yo golpeaba mi luz dulce,
mi niña luz, mis suaves luces ávidas.

Pero tú no, tú no, tú no me amaste.
Yo sí que te adoraba.
Sí que te amé, torva raíz estéril,
desarraigada.

Feroz fué tu quietud, tu seca tierra,
cuando ante ti pasaba,
un niño, sólo un niño, siempre, siempre,
como una espuma clara.

EL VIENTO

GIMIENTE y dulce, el viento, venturoso
viene de Dios y puro en Dios termina.
Lleno de cielo va. Miradle hermoso,
de luz cargado y esencia divina.

Gozo arranca de todo en lo profundo.
Largo de dicha su quejido suena.
Cielo total bajo su soplo el mundo
aparece. Luz trémula le llena.

¡El viento, el viento! Loco, trastornado,
 "soy la luz", digo. "Nunca el viento cese".
 El viento besa, pasa, y olvidado
 canto feliz como si el viento fuese.

Vas hacia Dios. ¡Oh, no, nunca te paras!
 Mi palabra de amor llévate entera,
 llévate rosas, frescas rosas claras
 y los perfumes de la primavera.

CRISTO EN LOS CAMPOS

En tu cuerpo encerrada, ya eterna y siempre pura,
 con la luz de ese monte y la de esa pradera,
 y alta luz de montaña, y clara de llanura,
 destellaba en tu sangre toda la primavera.

Para esto había lucido el sol dorando el día,
 durante largos siglos las viñas madurando,
 y encerrado en la parra, dulcemente crecía,
 secretamente luego en frutos estallando.

Pasabas por los campos de Palestina suaves
 mirando largamente crepúsculo y aurora.
 Campos de trigo llenos de candorosas aves,
 horizonte y llanura que cálido sol dora.

Largamente mirabas el mundo que Tú hiciste.
 Todo lo recordabas amándolo en tu seno:
 cerros, violetas suaves, llanura, campo triste,
 pobreza, ardor, cariño: todo era un soplo bueno.

Mirabas a los ojos de Juan adolescente.
Mirabas tu profunda infancia en su alegría.
Tu inocencia en sus ojos y candorosa frente
que por ver tu mirada muchas veces erguía.

Ya todo esto en tu Padre lo habías contemplado,
y sin embargo ahora todo era diferente,
los campos y los lirios, aquel monte, aquel prado,
Pedro, Juan, noche, estrellas, las tardes, el po-
niente...

En tu cuerpo encerrada, cálida y suspirante,
manando de la fuente viva que tu alma era,
brotando inacabable, luminosa y fragante
destellaba en tu sangre toda la primavera.

LA TARDE DE LA ASCENSION DEL SEÑOR

ERA la luz sobre la tarde.
Ultima tarde, triste y plena.
Yo la recuerdo. Tú ascendías.
Era la luz triste y serena.

Subías dulce y amoroso
como un envío de la tarde buena,
y a la luz serenabas, como un monte
la tarde puede serenar inmensa.

El mundo todo era un murmullo,
suave dolor, gemido era.

Ibas entre los aires, delicado,
bajo la primavera.

Yo lo recuerdo. Una voz dijo:
"fué como luz sobre la tierra".

Luego el silencio invadió el aire
ensombrecido de tristeza.

Desde la tierra un niño contemplaba
apagándose arriba tu presencia.

Luego miró el crepúsculo, los campos.
Pasaba un ave. Tarde lenta.

(De *Subida al amor*.)

CRISTO ADOLESCENTE

OH Jesús, te contemplo aún niño, adolescente.
Niño rubio dorándose en luz de Palestina.
Niño que pone rubia la mañana luciente
cuando busca los campos su mirada divina.

En el misterio a veces hondamente se hundía
mirando las estrellas donde su Padre estaba.
Un chorro de luz tenue al cielo se vertía,
al cielo inacabable que en luz se desplegaba.

Otras veces al mundo mirabas. De la mano
de tu Madre pasabas con gracia y alegría.

Pasabas por los bosques como un clamor liviano,
por los bosques oscuros donde tu cruz crecía.

Niño junto a su Madre, Niño junto a su muerte,
creciendo al mismo tiempo que la cruda madera.
Me hace llorar la angustia, oh Cristo niño, al verte
pasar por este bosque junto a la primavera.

TRES POEMAS SOBRE LA MUERTE

1

HAY veces que los hombres tristemente
a la muerte cantamos.
Allá en el esqueleto está escondida,
dura, fija, aguardando.

Pero los hombres nunca saben.
La muerte flota entre sus labios,
y mirando los cielos transitorios
hablan de amor y eternos cánticos.

Mas el hueso en el fondo de sus vidas
espera tierra y muerte sin descanso.
Está tranquilo porque luz no habita
su funeral reposo milenario.

Yo sé lo mismo que los huesos saben
y miro, sin embargo,

el viento puro, y sin tristeza
suspiro en él, y algunas veces amo.

2

SOLO los huesos son eternos.
La muerte son que espera su reinado.
La muerte que se sabe victoriosa
allá en su fondo solitario.

Los huesos son antiguos. De su origen
nada sabemos los humanos,
mas hundido en el cuerpo nos habita
lo que seremos bajo el campo.

No la semilla de los vientos
ni la alegría de lo iluminado,
sino un duro esqueleto indescifrable
de irredenta mudez bajo los astros.

3

QUIZA los huesos fueron roca,
montaña, río, fuego o valle
antes que el hombre hubiese aparecido
como un dolor bajo los aires.

Por eso el hueso es el deseo
de otra vez ser pura extensión sin nadie,

y allá dentro parece un duro otoño,
un triste otoño inexplicable.

Pero los huesos mandan su ola lenta
hasta los ojos, que no saben,
y creyendo de dicha su alba espuma
morimos bajo el cielo interminable.

ELEGIA DESESPERANZADA

XX

EN mi sangre quizá llevo mezclado
el cielo azul de las nubes ligeras,
inconsútil espacio deleitoso
en donde la luz reina,

porque allá por el fondo de mi vida,
cual blanca luz que delicada tiembla,
a veces pasa con secreto dulce
toda la errante primavera,

ODAS CELESTES

II

Los amigos.

EN este reino yo respiro.
Bebo caricias, dulces auras.

El aire es la delicia que me envuelve.
Cantáis vosotros en mi alma.

Sois el amor: nubes silentes,
región de luz y bienandanza.
Soy el amor: voy con vosotros.
Canto con gloria en vuestras alas.

Aéreamente vivo, voy errante.
Otra región de luz traspasa
mi corazón. No vivo: canto
desvariando en dulces ansias.

Amor, amor: voy con vosotros.
Amigos no: sois luces claras.
Amor, amor: os acompaño.
Reina la luz tibia y fantástica.

VI

SOY el susurro de la vida;
en vuestro labio canción ebria
cuando el amor iluminado
sentís brillante en vuestras venas.

En el espacio transparente
vago en murmullo sin tristeza
y voy dejando en vuestro cuerpo
ardiente llama de luz fresca.

Del reino puro de la luz
viene feliz mi forma trémula.

Sólo un instante a vuestro lado,
pasando voy sobre la tierra.

Como un delirio desasido
voy con la dulce primavera.
Luego con ella marcharé
a otra región vital y aérea.

VII

I

DESPEJO el cielo libre y puro
cuando pasando por él canto,
y una corona azul inmensa
siento en mi sien de dulce espacio.

Oh, nunca pesa gloria dulce
sobre la testa del alado.
Oh, no, jamás, nunca fué grave
la luz de un cielo limpio y manso.

Pero vosotros, hombres tristes,
no me veréis en gloria alzado.
Mas yo os envío claridades
a vuestra sombra, sin descanso.

Miráis los cielos, y sin verme,
alguna esencia trastocado

os deja el corazón que tenéis triste
y para siempre solitario.

2

ALGO quedó encendido en vuestras almas.
La claridad abrió su rastro,
y hacia los cielos puros, tibios,
alzásteis luego vuestros brazos.

Sobre la inmensa superficie
del cielo azul visteis el blanco
paso sin forma de una ingrátida
aparición de alegre cántico.

Hacia la vida os convidaba,
hacia los reinos del ocaso
que limpios, dulces, para siempre
en donde estoy se encienden cantos.

Intentásteis el vuelo presuroso.
Os contemplé en calores inundados.
Casi volábais ya; mas no pudisteis.
Lejos quedásteis apagándoos.

(De *Primavera de la muerte.*)

CRISTO EN LA TARDE

"YO soy la luz". Miraba hacia la tarde.
Un polvo gris caía tenue, lento.

Era la vida un soplo, un dulce engaño,
sombra, suspiro, sueño.

Ya su figura por los olivares
se iba desvaneciendo
en soledad. Ni un pájaro existía.
... La tarde iba cediendo.

"Yo soy la luz..." Silencio. "Soy... Oídme..."
Espacio. Olivo. Cielo.

"Yo soy la luz". Su voz era un susurro.
El aire, ceniciento.

"Yo soy... yo soy..." La sombra le envolvía.
Cayó la noche. Se escuchaba el viento.

ESPAÑA EN EL SUEÑO

DESDE aquí yo contemplo, tendido, sin memoria,
el campo. Piedra y campo, y cielo, y lejanía.
Mis ojos miran montes donde sembró la historia
el dulce sueño amargo, que sueñan todavía.

Pero el amor fundido en piedra, día a día;
pero el amor mezclado con monte, o con escoria,
es duradero, y te amo, oh patria, oh serranía
crespa, que te levantas bajo el cielo, ilusoria.

Campos que yo conozco, cielos donde he existido;
piedras donde he amasado mi corazón pequeño;
bosques donde he cantado: sueños que he padecido.

Os amo, os amo, campos, montañas, terco empeño
de mi vivir, sabiendo que es vano mi latido
de amor. Mas te amo, patria, vapor, fantasma,
sueño.

EL AMANTE

“YA son los campos hijos de la aurora,
Pero vosotros nunca
la veréis, desterrados de las luces,
hombres, espumas.

Ciegas formas sin cielo y sin camino.
Ciegos cuerpos sin luna.
No amáis. No padecéis. No sois delirio
de amor. No sois tortura.

Tortura, amor. Mi nombre tal ha sido.
Os quise con dulzura.
Fuí cuerpo amando. Sólo amando he sido.
... Vedme en la bruma.

Vedme en el aire, en sombra, entre la niebla.
Se desdibuja
lento mi ser. Me voy... Desaparezco...”
... Y con la última
palabra, se vió en el aire sólo un leve sueño,
una leve burbuja.

(Inéditos.)

GABRIEL CELAYA

POESIA ERES TU

Cantemos como quien respira. Hablemos de lo que cada día nos ocupa. No hagamos poesía como quien se va al quinto cielo o como quien posa para la posteridad. La poesía no es —no puede ser— intemporal o, como suele decirse un poco alegremente, eterna. Hay que apostar el “ahora o nunca”.

* * *

Hay quien reza beato; tiempo al tiempo; y hay quien exige nervioso: cada cosa a su tiempo. Aquéllos, perfectistas, estiman en cada obra poética su mayor o menor aproximación a un valor absoluto e inmóvil que llaman Belleza. Estos, temporalistas, sólo ven en esas obras, unos testimonios que, por humanos, son inseparables de un aquí y un ahora. Yo soy de éstos. Creo que la Belleza es un ídolo metafísico. La eficacia expresiva

me parece más importante que la perfección estética.

* * *

La Poesía no es un fin en sí. La Poesía es un instrumento, entre nosotros, para transformar el mundo. No busca una posteridad de admiradores. Busca un porvenir en el que, consumada, dejará de ser lo que hoy es.

Nada de lo que es humano debe quedar fuera de nuestra obra. En el poema debe haber barro, con perdón de los poetas poetísimos. Debe haber ideas, aunque otra cosa crean los cantores acéfalos. Debe haber calor animal. Y debe haber retórica, descripciones y argumento, y hasta política. Un poema es una integración y no ese residuo que queda cuando en nombre de "lo puro", "lo eterno" o "lo bello", se practica un sistema de exclusiones.

La Poesía no es neutral. Ningún hombre puede ser hoy neutral. Y un poeta es por de pronto un hombre.

La Poesía es "un modo de hablar". Pero expresar no es dejar ahí, proyectada en un objeto

fijo —poema o libro—, la propia intimidad. No es convertir en "cosa" una interioridad, sino dirigirse a otro a través de la cosa-poema o la cosa-libro.

La Poesía no está encerrada y enjaulada en los poemas. Pasa a través de éstos como una corriente y consiste precisamente en ese pasar transindividual, en ese ser del creador y el receptor uno para el otro y en el otro, en ese contacto y casi cortocircuito de dos hombres que, más allá de cuanto puede explicitarse, vibran a una.

El cortocircuito quema y deja en nada la materia verbal.

Nuestra Poesía no es nuestra. La hacen a través nuestro mil asistencias, unas veces agradecidas, otras, inadvertidas. Nuestra deuda —la deuda de todos y de cada uno— es tan inmensa que mueve a rubor. Aunque nuestro señor yo tienda a olvidarlo, trabajamos en equipo con cuantos nos precedieron y nos acompañan.

Estamos "obligados" a los otros. Y no sólo porque hemos recibido en depósito un legado que nos trasciende, sino también porque el poeta siente como suya la palpitación de cuanto calla, y la hace ser —debe hacerla ser-- diciéndola. Esta es precisamente su misión. No expresarse a sí mismo, sino mantenerse fiel a esas voces más vastas que

buscan en él la articulación y el verso, la expresión que les dé a luz.

* * *

Nuestros hermanos mayores escribían para "la inmensa minoría". Pero hoy estamos ante un nuevo tipo de receptores expectantes. Y nada me parece tan importante en la lírica reciente como ese desentenderse de las minorías y, siempre de espaldas a la pequeña burguesía semiculta, ese buscar contacto con unas desatendidas capas sociales que golpean urgentemente nuestra conciencia llamando a vida. Los poetas deben prestar voz a esa sorda demanda. En la medida en que lo hagan "crearán" su público, y algo más que un público.

PRIMER DIA DEL MUNDO

LO proclama la lluvia en primavera,
los bosques resonando,
el canto que se alarga en corazón sin forma,
y el mar, el mar, el mar
que golpea con pausa solemne la nada.

Lo proclaman en playas sin gemido y sin viento
las olas siempre solas,
las olas que se forman como nacen los mundos,
su atmósfera de origen,
su retumbo viniendo por el cóncavo espacio.

Unos labios ausentes en la orilla invocaban
los nombres de los dioses, los nombres de las cosas,
y ya casi sonaban,
soñaban contra el mundo,
toro que estrangulan largas melodías.

¡Oh voz innumerable! —corazón, corazón—
dentro de mí desatas las olas sin destino,
la nada pura y libre,

el aire limpio y vivo,
la alegría terrible de unos dioses marinos.

UN HOMBRE

UN hombre; los caminos;
el viento sin sonido del destino;
y andar libre y ligero entre tormentas
magnéticas y secas.

Se multiplican, crecen,
y, sucesivos, vienen con espuma y clamores
confusiones, muchachas, reposos dulces, largas
cabelleras de llanto que le envuelven temblando.

Frente a un mundo en delirio, él se afirma en su
paso.

No acaricia, no duda.

Su soledad heroica

no es un irse perdido por los limbos, cantando.

Contempla las montañas en su fuerza y su calma;
contempla la mañana pausada y luminosa;
respira, y le parece
que su boca bebe de Dios directamente.

¡Qué cierto en su absoluto

de gloria y resplandor el cielo abierto!

¡Qué ciertas, en su calma,
las cosas como son, que son, y basta!

(De *Movimientos elementales.*)

ETXECOANDRE

DEL color del naciente,
la mañana irisada y esa tenue sonrisa,
esa concha, ese nácar...
(Fué cuando movías objetos delicados
al borde de un abismo de músicas totales.)

Con los párpados bajos oía la marea:
Subía por la ría con un frescor de espuma
como un salitre nuevo en un labio querido,
en un amor que tiembla...
(Y sólo tú te erguías.)

El mundo era una copa de cristal en mi mano.
(Tú me sonreías.)
Eran los minutos difíciles y sabios;
y en la copa, invisible,
estaba el vino espeso, dulce o turbio de noche.

Era un veneno antiguo;
eran también tus ojos creciendo con la sombra;
era la silenciosa labor de los placeres,
las venas enroscadas sobre una estatua helada.
Y el pecado. Y el caos.

Tú quitabas, ponías,
frente a mí, preocupado,
minutos bien contados, objetos pequeñitos,
esas mil menudencias del quehacer cotidiano:
Nuestra casa cerrada con su orden luminoso.

Fluían fuera, sordas,
voluptuosas, las sombras:
Cabellos destrenzados manchados de uva dulce,
músicas que el cuerpo prolongan en dulzura,
informes, con delicias que son siempre monstruosas.

¡Oh dime, dime, dime,
dime al menos si sabes cómo estamos viviendo,
dime dónde estamos,
dime tú quién eres, a mi lado sonriendo,
di qué fuerza antigua se remansa en tus ojos!

Quehaceres de la casa,
¿quién dirá ese sentido que en vosotros se oculta
de combate sordo contra el caos alzado?
Dime, delicada,
¿no luchas a ciegas?, ¿cómo aún me sonríes?

Abrazarte (te tengo);
darte este nombre antiguo que tú misma no sabes;
mas sentir, fatigado, mi avidez, mi delirio,
como un niño decir: "ya no puedo, no puedo",
y entregarme a tus ojos que en la sombra vigilan.

¿Qué sabe el hombre?
El hombre, criatura reciente,

no como tú nacida del mar antiguo y rosa,
 legendaria y tan rara que no sé si te miro
 si, maternal, me ofreces el principio del mundo.

(De *Protopenia*.)

LAS COSAS COMO SON

(Fragmento)

CREAN, soy buen chico.
 Cuando estoy contento,
 largo telegramas hasta que me arruino:
 "He vuelto a creer en Dios; ayer cené con Carmen";
 cuando estoy hundido
 no llamo profundo mi hediondo vacío,
 digo amablemente: "buenas tardes", "gracias",
 y, si no resisto,
 me encierro en mi cuarto, babeo y escribo
 lo que no publico.

Crean, soy buen chico.
 Mas a veces pienso
 (ustedes perdonen, pienso aunque no quiero),
 pienso que si muero
 (¡Sería tremendo! No puedo admitirlo)
 como ha muerto Pablo, Diego está muriendo,
 Carmen... (¿es posible?),
 yo, sin duda, luego (¿por qué digo luego?)...
 morirán, me muero...
 (digo, y pienso, y digo, digo sin creerlo).

No comprendo nada. (¿Es Pablo ese muerto?)
 Abro bien los ojos,

miro su cadáver (¿se dice cadáver?)
 y al verlo tan serio
 me rasco el sobaco, medio acobardado,
 me quito el sombrero,
 me ensucio de llanto, suspiro y moqueo...
 (son los obligados gestos de respeto
 en un hombre greco-
 judaico - romano - cristiano - europeo).

Miro fijamente; miro y nada entiendo:
 ¿Es Pablo ese muerto?
 (¡Comprendan qué raro me parece eso!)
 Y al quedarme solo, sólo con su cuerpo,
 le tiro del pelo, le muerco los dedos,
 le soplo en la cara,
 le digo: Te quiero.
 Mas todo es inútil: Pablo está bien muerto
 (nada más que muerto,
 duro y hasta odioso en su sin remedio).

Crean, soy buen chico.
 No les hablaría de este asunto feo
 (¿quién, si no está loco,
 se toma a sí mismo tan cruelmente en serio?)
 si eso fuera triste (¡sólo es asombroso!),
 si eso fuera raro (¡pasa cada día!),
 si no fuera cierto
 que usted y yo morimos (sé que soy grosero
 mas a veces pienso
 con mis tripas blandas y mojadas, tierno).

No he bebido mucho mas estoy tan solo
 que casi es lo mismo.

Abrigo con carne mi esqueleto estricto.
 No quiero morirme (¿es eso un delirio?),
 no puedo morirme (me rompo al decirlo),
 grito, y rabio, y grito,
 grito, y con gritarme, simplemente afirmo:
 No puedo, no quiero,
 no tiene sentido
 que tan tontamente me hunda en el vacío.

(De *Las cosas como son.*)

A ANDRES BASTERRA

ANDRES, aunque te quitas la boina cuando paso
 y me llamas "señor", distanciándote un poco,
 reprobándome —veo— que no lleve corbata,
 que trate falsamente de ser un tú cualquiera,
 que cambie los papeles —tú por tú, tú barato—,
 que no sea el que exiges —el amo respetable
 que te descansaría—,
 y me tiendes tu mano floja, rara, asustada
 como un triste estropajo de esclavo milenario,
 no somos dos extraños.
 Tus penas yo las sufro. Mas no puedo aliviarte
 de las tuyas dictando qué es lo justo y lo injusto.

No sé si tienes hijos.
 No conozco tu casa, ni tus intimidades.
 Te he visto en mis talleres, día a día, durando,
 y nunca he distinguido si estabas triste, alegre,
 cansado, indiferente, nostálgico o borracho.

Tampoco tú sabías cómo andaban mis nervios,
 ni que escribía versos —siempre me ha aver-
 gonzado—,
 ni que yo y tú, directos,
 podíamos tocarnos sin más ni más, ni menos,
 cordialmente furiosos, estrictamente amargos,
 anónimos, fallidos, descontentos a secas,
 mas pese a todo unidos como trabajadores.

Estábamos unidos por la común tarea,
 por quehaceres viriles, por cierto ser conjunto,
 por labores sin duda poco sentimentales
 —cumplir este pedido con tal costo a tal fecha;
 arreglar como sea esta máquina hoy mismo—
 y nunca nos hablamos de las cóleras frías,
 de los milagros machos,
 de cómo estos esfuerzos eran nuestra sustancia,
 y el sueldo y la familia, cosas vanas, remotas,
 accesorias, gratuitas, sin último sentido.
 Nunca como el trabajo por sí y en sí sagrado
 o sólo necesario.

Andrés, tú lo comprendes. Andrés, tú eres un
 vasco.
 de materias primeras,
 Contigo sí que puedo tratar de lo que importa,
 resistencias opacas, cegueras sustanciales,
 ofrecidas a manos que sabían tocarlas,
 apreciarlas, pesarlas, valorarlas, herirlas,
 orgullosas, fabriles, materiales, curiosas.
 Tengo un título bello que tú entiendes: Madera:
 Pino rojo de Suecia y Haya brava de Hungría,
 Samanguilas y Okolas venidas de Guinea,

Robles de Slavonia y Abetos del Mar Blanco,
Pinoteas de Tampa, Mobile o Pensacola..

Maderas, las maderas humildemente nobles,
lentamente crecidas, cargadas de pasado,
nutridas de secretos terrenos y paciencia,
de savias sustanciosas, felizmente ascendentes.
Maderas, las maderas buenas, limpias, sumisas,
y el olor que expandían,
y el gesto, el nudo, el vicio personal que tenían
a veces ciertas rollas,
la influencia escondida de ciertas tempestades,
de haber crecido en ésta, bien en otra ladera,
de haber sorbido vagas corrientes aturcidas.

Hay gentes que trabajan el hierro y el cemento;
las hay dadas a espartos, o a conservas, o a granos,
o a lanas, o a anilinas, o a vinos, o a carbones;
las hay que sólo charlan y ponen telegramas
mas sirven a su modo;
las hay que entienden mucho de amiantos o de
grasas,
de prensas, celulosas, electrodos, nitratos;
las hay como nosotros dadas a la madera,
unidas por las sierras, los tupís, los machihembras,
las herramientas fieras del héroe prometeico
que entre otras nos concretan
la tarea del hombre con dos manos, diez dedos.

Tales son los oficios. Tales son las materias.
Tal la forma de asalto del amor a la nuestra,
la tuya, Andrés, la mía.

Tal la oscura tarea que impone el ser un hombre.
 Tal la humildad que siento. Tal el peso que acepto.
 Tales los atrevidos esfuerzos contra un mundo
 que quisiera seguirse sin pena y sin cambio,
 pacífico y materno,
 remotamente manso, durmiendo en su materia.
 Tales, tercos, rebeldes, nosotros, con dos manos,
 transformándolos, fieros, construimos un mundo
 contra-naturaleza, gloriosamente humano.

Tales son los oficios. Tales son las materias.
 Tales son las dos manos del hombre, no ente
 abstracto.

Tales son las humildes tareas que precisan
 la empresa prometeica.

Tales son los trabajos comunes y distintos;
 tales son los orgullos, las rabias insistentes,
 los silencios mortales, los pecados secretos,
 los sarcasmos, las llamas, los cansancios, las
 lluvias;

tales las resistencias no mentales que, brutas,
 obligan a los hombres a no explicar lo que hacen;
 tales sus peculiares maneras de no hablarse
 y unirse sin embargo.

Mira, Andrés, a los hombres con sus manos
 capaces,
 con manos que construyen armarios, y dinamos,
 y versos, y zapatos;
 con manos que manejan furiosas herramientas,
 fabrican, eficaces, tejidos, radios, casas,
 y otras veces se quedan inmóviles y abiertas
 sobre ese blanco absorto de una cuartilla muerta.

Manos raras, humanas;
 manos de constructores; manos de amantes fieles
 hechas a la medida de un seno acariciado;
 manos desorientadas que el sufrimiento mueve
 a estrechar fuertemente, buscando la una en la
 otra.

Están así los hombres
 con sus manos fabriles o bien sólo dolientes,
 con manos que a la postre no sé para qué sirven.
 Están así los hombres vestidos, con bolsillos
 para el púdico espanto de esas manos desnudas
 que se miran a solas, sintiéndolas extrañas.
 Están así los hombres y, en sus ojos, cambiadas,
 las cosas de muy dentro con las cosas de fuera,
 y el tranvía, y las nubes, y un instinto —un
 hallazgo—,
 todo junto, cualquiera,
 todo único y sencillo, y efímero, importante,
 como esas cien nonadas que pasan o no pasan.

Mira, Andrés, a los hombres, ya sentados, ya
 andando,
 tan raros si nos miran seriamente callados,
 tan raros si caminan, trabajan o se matan,
 tan raros si nos odian, tan raros si perdonan
 el daño inevitable,
 tan raros que si rien nos enseñan los dientes,
 tan raros que si piensan se doblan de ironía.
 Mira, Andrés, a estos hombres.
 Míralos. Yo te miro. Mírame si es que aguantas.
 Dime que no vale la pena de que hablemos,

dime cuánto silencio formó tu ser obrero,
 qué inútilmente escribo, qué mal gusto despliego.

Mira, Andrés, cómo estamos unidos pese a todo,
 cómo estamos estando, qué ciegamente amamos.
 Aunque ya las palabras no nos sirven de nada,
 aunque nuestras fatigas no pueden explicarse
 y se tuerzan las bocas si tratamos de hablarnos,
 aunque desesperados,
 bien sea por inercia, terquedad o cansacio,
 metafisica rabia, locura de existentes
 que nunca se resginan, seguimos trabajando,
 cavando en el silencio,
 hay algo que conmueve y entiendes sin ideas
 si de pronto te estrecho febrilmente la mano.
 La mano, Andrés. Tu mano, medida de la mía.

(De *Las cartas boca arriba.*)

LO DEMAS ES SILENCIO

(Fragmento)

PROTAGONISTA

MIS palabras son tristes aunque yo no lo quiera
 y el mundo, cuando escucho, sólo exhala un
 gemido.

Mas si es verdad que aún quedan seres espe-
 ranzados,
 y hay madres que sonríen con un niño en los
 brazos,

G A B R I E L C E L A Y A

y hay obreros heroicos, y hay hombres que planean

seriamente inocentes un mañana de gloria,
negaré la evidencia, callaré lo que pienso,
dejaré si es preciso de ser quien soy por ellos.

CORO

He visto a la muchacha temblorosa de lluvia
y he visto al campesino de fibra retorcida.

He visto al escribiente —¡tan triste aunque él
lo ignore!—

y he visto al viejo loco que les habla a sus
muertos.

He visto en unos ojos de niño qué es el hambre
y he visto en unos ojos de madre qué es el miedo.

He visto la vileza del dolor y el espanto.

He visto y tú me has visto maltratado e in-
defenso.

Mas he aquí que me anuncian la nueva edad
del hombre,

y una alegre noticia, y un sencillo evangelio
congrega sin fronteras a todos los que sufren,
articula en palabras el informe quejido,
dispone en batallones las selváticas fuerzas,
conduce a los dolidos, bendice sus demandas,
dignifica el trabajo del grande y del pequeño,
nos rescata del limo, nos despeja el futuro.

PROTAGONISTA

No diré mi secreto. No diré lo que pienso.
No enturbiaré el espejo de los esperanzados,
ni el sueño de los niños que aspiran a ser hombres.

Retendré entre mis dientes apretado mi grito
y acaso de ese modo vuelva a sentirme puro,
y a fuerza de negarme, me perdone a mí mismo.
No sé qué culpa antigua me exige un sacrificio.
No sé qué me avergüenza cuando un niño me mira,
y un obrero se ríe, y una pobre criada
pavonea dichosa su traje de domingo.
Una inmensa ternura me arrasa y me deslíe.
Quiero ser en los otros. Quiero morir por algo,
perderme con provecho, descansar del que he sido,
pensar que mis problemas personales son nada
junto a esos tan pequeños, tan terribles, vulgares,
del pan, de los zapatos o de las medicinas
que a otros hombres les falta mientras yo filosofo.
Mentiré santamente que aún les queda esperanza,
callaré lo que sufro porque sólo es miseria,
y en la paz de la muerte luminosa y flotante
quizás alguien se incline sobre mí y me dé un beso.

(Inédito.)

ACTAS DE LA COMISIÓN DE INVESTIGACIÓN Y ENSEÑANZA

VICTORIANO CREMER

En un artículo publicado en el número de la Revista de la Universidad de Chile, el autor se ocupa de la vida y obra del Sr. Victoriano Cremer, quien fue uno de los más importantes educadores de Chile.

El Sr. Cremer nació en Chile el día 10 de mayo de 1854, en la ciudad de Valparaíso. Sus estudios primarios los cursó en su ciudad natal, y posteriormente en el Liceo de Valparaíso, donde se graduó de Bachiller en Letras.

Después de haber ejercido la docencia en varias escuelas de Valparaíso, ingresó a la Universidad de Chile en el año 1878, para cursar el curso de Filosofía y Letras. Allí se graduó de Licenciado en Filosofía y Letras en el año 1881.

V I C T O R I A K O C R E M E R

sal lo creo— para el caso intencional de la Poesía y
de la Mujer. La contraria a sea la entera total
clara y talalala, me parece intencional.

2

NOTAS PARA ACOMPAÑAR A UNOS POEMAS

que a uno le ha llegado el momento de pensar
que exponer su propia poesía o inventar una
para salir del paso. El canto hablado de esta
lección por las mujeres puede suponerse que se
1

No vale engañarse. La Poesía es un extraño
culto, sostenido por gentes de muy dudosa efica-
cia vital.

2

Evitar a los poetas en el concierto de la Re-
pública, es una conclusión filosófica de primera
magnitud, y un acierto.

3

Esgrimirse sobre un canto rodado al sol del
estío por el placentero afán de lanzar gorgoritos
rítmicamente, mientras el hombre a secas tra-
baja, sufre y muere, es un delito.

4

No creo en la Poesía; aunque la ame. Como
no creo en la mujer hermosa, aunque me ena-
more. Esta actitud es fundamental —yo, al menos,

así lo creo— para el goce íntegro de la Poesía y de la Mujer. La contraria, o sea la entrega total, ciega y fatalista, me parece irracional.

5

Cuesta mucho trabajo hacerse a la idea de que a uno le ha llegado el momento de tener que exponer su propia poética o inventarse una para salir del paso. Desconfío bastante de esas teorías por las cuales puede suponerse que se logran excelentes poemas como algunas especies de cultivo cereal: teniendo en cuenta la clase de simiente, la época de siembra, de escarda y de recolección.

6

Lo único cierto es que para hacer poesía se precisa disponer de un repertorio de ideas claras y no tener mal corazón...

7

Quizá por esto último la poesía contemporánea no sea tan buena como quieren hacerla aparecer los poetas; que tienen muy confundidas las ideas, y con hieles el corazón.

8

Para escribir Poesía hay que abrir bien los ojos y tener el alma en vela; pues algunos confunden el soñar con el dormir.

Poesía es comunicación (Vicente Aleixandre).
No resta, pues, sino descubrir el ser al que dirigir
nuestro mensaje...

CANCION SERENA

“Un día puro, alegre, libre quiero”,
Fray Luis de León.

NO me dejéis así: Sorbido por la tierra
hondísima y vibrante como el clamor penúltimo;
con este olor maduro de soles y horizontes
abriéndome en el pecho un surco luminoso.

No es que el cuerpo me suene a cristal derramado
ni que diez corazones me alanceen las yemas,
ni que cielos redondos agolpen sus rebaños
a mis ojos mastines, labradores de cimas.

Es que un mar fugitivo rinde velas y senos
y pétalos y espumas a la gozosa playa
donde el rumor se atreve a mancillar la sombra.
Y se me ciegan labios y gritos y pupilas.

Es que siento que el aire es de carne dulcísima
y la luz sólo luz.

Que el contorno me huye
a bandadas blanquísimas de palomas y lirios
y me abandonan manos y dientes y melenas.

No. No me dejéis así: Moriría desnudo
sin sentirme morir. —Brasa, pájaro o viento—,

Y mi pobre vestido, con su sangre caliente,
se hundiría, esperando mi imposible retorno.

(De *Tacto Sonoro*.)

RECUERDO DE LA NADA

A José Luis Cano

“Sentí de nuevo el sueño, la locura
y el error de estar vivo, siendo
carne doliente día a día...”

L. C.

NADA. No quedó nada.

Las estrellas quebraron sus últimos destellos
bajo la informe turba de bisontes de niebla.
El recuerdo del aire se desprendió en jirones
y los árboles, solos, gritaron su cansancio.

¡Oh dolor de las nubes clavadas en las cimas!
Los pájaros sin ruta estrellando su espanto
contra sordos brocales y hundiendo su aleteo
en las aguas inmóviles, ateridas de luna.

Aquí fué el mar. —Resuelto en tigres despiadados
cuando un hambre de tierra hería sus pupilas—.
¡Oh triste mar ausente, de improviso ahuyentado
por canes invisibles a quienes Dios azuza...!

¿Dónde fueron los prados inmóviles y verdes,
lentamente sorbidos por vacas melancólicas?
¿Y el repetido estruendo de mármoles y estatuas
sosteniendo sus trémulas hogueras infecundas?

Como sueño de hierro, de cemento y miseria,
chozas, palacios, fábricas, abrevian su martirio
y se rinden lo mismo que viejos resignados
con un leve resuello de irremediables ruinas.

Nada. No quedó nada. Ni el silencio siquiera.
Fué un apagón inmenso. Y el mundo quedó ciego.
... Recuerdo que la nada era espesa y caliente
como una vaharada... Y por ella venía...

... El hombre, de regreso del umbral de la muerte.

¡Oh qué terrible pasmo en su mirada muda,
desorbitada y quieta como un inmenso monte!
Una escarcha de hielos le florece en las sienes
y los hombros soportan firmamentos de plomo.

Avanza lentamente.
Empujando la niebla con los ojos y el alma,
escupiendo la niebla,
siendo él niebla maciza,
desesperada niebla...

Ya le duelen los dientes de masticar su nombre
y el corazón le pudre las paredes del alma.
¡Dios le ha visto en escombros! Le ha visto y le
devuelve
cuando su pie desnudo traspasaba su límite...

Carbonizado y vivo como un lirio entre vientos.
De regreso de un viaje del que nadie nos dijo
si florecen los trigos en la parda llanura
o los pájaros crujen como sedas rasgadas.

Avanza lentamente. Soportándose muerto;
con pesantez de monte, de multitud blasfema.
Silencioso, recóndito; sosteniéndose el alma
con las manos. Sabiéndose arrojado a la Vida.

Marcado por el fuego que resella a los hombres
cuando el destino cumple su prevista sentencia,
y arcángeles yacentes incorporan sus mármoles
por seguir nuestros pasos de muertos indefensos.

Vedle, al fin, de regreso. Desamparadamente
gravitando en la niebla, con su mudez de astro.
Con su cruda tristeza de buey martirizado,
a quien la muerte niega sus frescas picas de agua.

Yo quisiera acercarme a su frente y abrirla
por contemplar el pasmo que contuvo su paso;
por ver su pensamiento y leerlo a los hombres,
cuando en la plaza gritan sus furias amarillas.

Yo quisiera arrancarle los clavos de los dientes
y soltarle la lengua, como un novillo joven,
porque proclame el nombre, la palabra que salva;
porque nos diga cómo es la muerte que invoca.

Sé que contra su pecho se quebrarán mis ansias,
que mis manos en vano destrozarán su carne
pretendiendo arrancarle su secreto viajero
con el cual precipita su implacable destino.

¿Qué montañas, qué prados, qué siniestras llanuras,
 qué oscuros firmamentos, qué mares verticales,
 qué rabiosos senderos, qué bosques temerosos
 opusieron la furia a su impasible tránsito?

¿Qué oíste, hombre, en la muerte, más allá de nosotros?

¿En quién apaciguaste tu terror de hombre muerto?

¿A quién viste y qué dijo de tu corteza amarga?

¿Por qué vuelves de nuevo transido de tristeza?

El hombre, de regreso del umbral de la muerte,
 avanza lento; avanza con pesantez de monte,
 con su cruda tristeza de buey martirizado;
 sabiéndose arrojado, condenado a la Vida...

(De *Caminos de mi sangre*.)

CANTO TOTAL A ESPAÑA

II

MAS que verte, sentirte en las entrañas
 y asistir al galope de tu voz en mis venas,
 y rehogar el alma en tu aceite y tu lumbre
 mientras los dientes mascan tu resollar de tierra.

Pero no basta tu nombre, aunque me azote
 como un bosque de espadas violentas;
 ni tu aliento abrasado, aunque derrumbe
 mis tristes huesos de arena.

Que tu nombre, o tu aliento, o tu mirada
 caminos son que al corazón te llegan;
 partes crujientes de tu ser más hondo,
 sosegados perfiles que te muestran.

(Así el redondo son, lejano y tímido,
 no es la campana misma, ni la fiesta;
 sino su voz tan sólo,
 su musical presencia.)

Te necesito a ti, España, toda;
 cuarzo gigante, macizo bosque o piedra;
 cielo total de corazones
 en pena.

Te necesito España
 unánime y entera
 como el clamor del viento
 sobre la mar inmensa.

No España tuya o mía.
 ¡España nuestra!
 Geografía íntegra, trasvasada en halago
 de materna entereza.

Porque todos son hijos de tu carne y tu sangre,
 sueños de tu vigilia, cuchillos de tu vela...

(De *La espada y la pared*.)

BIENAVENTURADOS LOS POBRES

LLEGAIS de las regiones del salitre,
 arrancados por vientos y cuchillos,

triste carne de ortiga y mordedura,
caída como un fruto de pecado.

Despavoridas sombras, empujadas
continuamente por el sol naciendo;
continuamente rotas; de continuo
sacudidas por pánicos celestes.

Desnacidos clamáis. Buscáis en vano
la raíz de la sangre, el hueco oscuro,
húmedo y fiel, en que se abrió la estrella
que os clavó contra un aire de ceniza.

Os contemplo en silencio, reflejados
en los pálidos charcos, que la lluvia
alimenta en las calles olvidadas,
mordiendo duramente vuestros nombres.

Huecos seres de pana rencorosa,
despojos sucios de la mar inmensa.
¿Qué recuerdos sostienen en la playa
vuestras podridas vigas...?

¿Son alcobas de mármoles y espejos?
¿Pálidas rosas, escarchadas músicas?
¿O las doradas brumas de la aurora
batiéndose entre sedas y esmeraldas...?

Es difícil saber si os duele el aire,
cuando, con voz de tigre, se acumula.
Es difícil saber si en las pupilas
tenéis azufre o fuego, o sólo lágrimas.

Es difícil llegar por vuestros dedos
a un corazón de espanto o de ternura.
Es difícil saber... Porque sois pobres,
y los pobres son pozos sin medida.

Porque ignoráis que hay seres macilentos
que hacen versos y música; que tejen
dorados sueños para las muchachas
y palacios de niebla, inhabitables.

No conocéis el esplendor de un alba
hecha de luz eléctrica y violines,
crujiente de almidones y de encajes.
tutelada por rígidas duquesas.

No sabéis del chocar de esbeltas copas
rebosantes de vino y de retórica;
ni del agrio sabor de los pescados
del viejo Volga o del Danubio azul.

Sólo sabéis decir, con roncas voces,
que tenéis hambre o frío, y, entre cánticos
de ritmo bárbaro, meceros, acunaros,
hasta olvidar, dormidos, que sois hombres.

No conocéis más flores que los yelos
prendidos a la carne; ni más albas
que la ausencia cruel y despoblada
del alto firmamento que os hostiga.

Ni sabéis de más vino que la sangre;
ni de más alimento que el pan seco

roído en despoblado, como perros
perseguidos por niños, a pedradas.

Vivís, sin primaveras, sobre un húmedo
mundo sombrío de azulados límos.
Y vuestro pobre corazón de trapo
rebota silencioso entre la nieve.

Llegáis de las regiones del salitre;
de las constelaciones más amargas;
del más puro silencio, del más hondo:
el silencio del hombre desamado.

Sois como una lluvia densa, golpeando
el bronce roto de una gran campana
colgada de los árboles, en medio
de un campo rojo y solo...

Por eso yo quisiera con mi verso
coronaros de yedras violentas,
en este día teológico de marzo;
transparente como una inmensa pena.

Y besaros los ojos de diamante;
y los labios de tierra destruída;
y entregarme también a vuestras hambres
como un pan sin cesar multiplicado.

Porque buscáis en vano las raíces
de vuestra muerte oscura, yo quisiera
inundaros de auroras o de sangres,
y surcaros, desnudo, como un astro.

Porque llegáis del más duro silencio,
grito a los cielos: ¡BIENAVENTURADOS
LOS POBRES, porque ellos tendrán la rosa,
cuando la tierra sea un apagado eco!

(De *Las horas perdidas*.)

MUJER REDONDA

HASTA los niños la miraban, cuando
doblaba las esquinas de la calle;
tan azul y radiante, que una llama
parecía tener entre los dientes.

Huía de la luz con la pereza
de una cierva cansada, y sonreía
sintiendo las miradas de las gentes
resbalar por su vientre abovedado.

Se llevaba las manos a la henchida
plenitud de su carne y las dejaba
allí sumidas, por sentir el eco
caliente y vivo del amor, haciéndose.

Hasta entonces, los hombres la siguieron
con ronca voz de barro; y los temía;
porque el hombre fué sólo para ella
lobo furtivo y sal de madrugada.

Pero ahora les miraba desde un cielo
grávido y fuerte. Ellos la veían

redonda y poderosa, como un puño
abriéndose camino en la niebla.

Si entonces una voz gritaba: —Mira;
tiene un hijo... Se apretaba doliente
la cintura de vidrio y, en la tarde,
era como una encina coronada.

Los oscuros balcones con geranios;
los húmedos zaguanes; las buhardillas;
las frescas herrerías; las campanas
que las monjas tañían en el alba...

Todo, a su paso, sin cesar latía
al compás de su vientre... Todo, atento
al dulce peso de su vientre... El aire,
de cristal y de gloria, por su vientre...

Ya la carne de trigo se atrianta
y duele extensamente.

Cómo sabe
el dolor de los hijos...

Porque tienen
sabor a junco verde por la sangre.

MADRIGAL DE PAZ

POR esta paz, esposa, que te ofrezco,
ya madura en la sangre, hecha corteza,
qué paciente tributo de tristeza
pagué día por día...

No merezco
tanto dolor.

(El hombre, entre las manos
a veces tiene un corazón y quiere
morir con él intacto. Pero muere
lleno de soledad.)

Ecos lejanos
traen mi voz antigua de metales;
mi fría voz de hielos transparentes.
Que hasta tu nombre, esposa, fué en mis dientes
tallo de amargas hieles minerales...

Pero todo es ya campo sin orillas,
lleno de paz. El sol se transfigura
en la ceniza gris de esta clausura
y abandona sus llamas amarillas.

Yo soy para ti, esposa, como un viento
que humildemente llega y se deshace
contra tus ojos; un agua que renace
entre tus piedras, sin color ni acento.

No es posible dar más de lo que he dado
para llenar el pozo a que me asomo.
El pan que yo te traigo; el pan que como
tiene sabor de trigo macerado.

Trigo soy con sustancias. Pan en duelo
para el desconocido.

(El hombre quiere
gritar amor a veces, pero muere
en el silencio.

En tanto el alto cielo

V I C T O R I A N O C R E M E R

se llena de esta paz, esposa; de esta
consagración definitiva.)

Toma

mi paz de sangre.

Goce mi paloma
del esplendor caliente de su fiesta.

(Inéditos)

VICENTE GAOS

El trabajo de Vicente Gaos sobre "El modo de
conocer y realizar su poema", no ha llegado a
temas para ser incluidos en la presente edición.

VICENTE GAOS

(El trabajo de Vicente Gaos sobre "el modo de concebir y realizar su poesía", no ha llegado a tiempo para ser incluido en la presente edición.)

LA NOCHE

OH, sálvame, Señor, dame la muerte,
no me amenaces más con otra vida;
dame la muerte y cura así esta herida
de mi vida mortal. Haz, Dios, de suerte

que pueda retornar al mundo inerte
al que esta ciega noche me convida.
Pon sobre mí tu mano detenida,
tu mano de piedad, tu mano fuerte.

Dame la muerte, oh Dios, dame tu nada,
anégame en tu noche más sombría,
en tu noche sin luz, desestrellada.

Bastante tengo con la luz de un día.
Bastante tengo, oh, muerte deseada.
En ti repose al fin, oh muerte mía.

ARCANGEL MIO

OH, mírame sin ti, ciego Tobías,
vagando hacia la orilla que no veo.

Orilla que no veo y en que creo.
Sí, tú eres el arcángel de mis días.

Con tus alas de luz ahora me guías.
Oh, río luminoso del deseo.
Tras de las leves nubes te entreveo,
piadoso sol de mis mañanas frías.

Luz tuya, tuya. Pon tu suave mano
sobre mi pobre frente de tinieblas.
¿De qué mundo este roce soberano?

No, no estoy solo. Dame, oh Dios, que pueblas
de tantos astros el espacio arcano,
solamente esta luz para mis nieblas.

LA ROSA

MIRA, la rosa de tu vida crece.
Oh leve tallo hacia la luz de un día.
Eterno y poderoso mediodía.
Luz tan alta que a Dios mismo oscurece.

No, mi piedra sin luz no te merece.
Piedra soy, piedra oscura, tierra fría,
y clamorosa entraña, oh vida mía.
Qué viento tan delgado tu luz mece.

Olvidate de mí y oye el murmullo
de ese viento, que es viento de tu cielo.
Latiré aquí, sombrío origen tuyo,

pasión mortal y soterrado anhelo.
Te sostendré hacia el cielo del que huyo,
raíz sin luz y noche sin consuelo.

(De *Arcángel de mi noche.*)

LUZBEL

ARCANGEL derribado, el más hermoso
de todos tú, el más bello, el que quisiste
ser como Dios, ser Dios, mi arcángel triste,
sueño mío rebelde y ambicioso.

Dios eres en tu cielo tenebroso,
Señor de la tiniebla en que te hundiste
y de este corazón en que encendiste
un fuego oscuramente luminoso.

Demonio, Señor mío, haz que en mi entraña
cante siempre su música el deseo
y el insaciable amor de la hermosura,

te dije un día a ti, ebrio de saña
mortal. Y, luego a Dios también: No creo.
Pero velaba Dios desde la altura.

LA ENCINA

HUMANA y triste tú, entre los árboles,
triste y dulce tú, encina,

a cuya sombra me tiendo, porque en la altura
el sol es hoy más implacable y está más lejos
que nunca.

Pero tú estás cercana,
veo tu tronco ultrajado por la crueldad incesante
del tiempo, por el agravio mortal
que Dios infiere a los vivos,
a los que sufren en la tierra
su imperfección de ser criaturas
modeladas por la indecisión veloz de lo eterno.
Y así tú, casi eterna
también en tu resignación terrestre,
rotunda y sola en la tarde,
desdeñas la anunciación de la luz
y la caricia torpe del color. No ofreces
tu delicada corteza áspera
a sus manos de sueño, ni a la prisa celeste,
porque no quieres la glorificación de la vida
sino en los brazos de la muerte,
en el trémulo regazo oscuro de la tierra que te
alimenta.

¡Qué fiel, qué dulce y triste tu tronco
sin ambición de columna,
porque tu espíritu es sólo
la infalible pesadumbre de la materia!
En soledad te veo,
insomne, sumisamente orgullosa,
casi infinita, niña casi,
ajena a la impaciencia
que con los siglos descansan su frenesí en tu
estatura.
Pero no a mi tristeza,
que como la tuya se apaga,

se borra cuando las estrellas,
con su luz, con su música, arriba,
no pueden aminorar la distancia
de lo imposible humano, y por eso,
más allá de lo triste, serena,
arrias tu verdor, lo ocultas
en la maternidad mortal de la noche. Oh encina,
oh árbol mío, donde aún encuentro el consuelo
de abandonar toda esperanza humana,
y a cuya sombra, en la tarde,
cuando me agosta Dios solarmente,
celo mi corazón y mi tortura de hombre.

LA TRISTEZA

SI no fuera por ti,
si no fuera por tí, que cada tarde
tuyo me haces, cuando el sol declina,
cuando todo es tan bello porque es triste,
y hundes más mis raíces
de hombre en la tierra, de hombre inmensamente
solo bajo el poniente en que Dios huye,
¿qué sería de todo, qué sería
de nosotros? Ah, nunca,
nunca hubiéramos visto
el secreto misterioso de las cosas.
Oh, tú, tristeza, madre
de toda la hermosura que ha creado
el hombre, en el dolor que da tu mano
con su dulce castigo.
No te apartes de mí, ven cada día

a hacerme triste, a hacerme hombre, hijo tuyo.
Visítame.

(De *Sobre la tierra.*)

REVELACION

OH humana tú, mi término tangible,
el dulce borde, el suave acantilado
donde termina, ciego y entregado,
mi ávido mar, mi hermoso amor sensible.

Pero, la luz, el cielo... El imposible
límite de mi sueño encadenado
es infinito. Tú estás a mi lado.
Te veo. Pero Dios está invisible.

Te veo sólo a ti, tus ojos veo,
su breve luz, su breve cielo ardiente,
su limpio azul, su clara agua de vida.

Ah, en esa luz, la luz de Dios sondeo,
su inmenso cielo azul, la gran corriente
de su remota fuente embravecida.

EL DESTIERRO

ASI, arrojado misteriosamente
en esta vida, el hombre está angustiado,

quiere saber qué mano le ha arrojado,
sí, pide luz para su pobre frente.

¿En dónde está esa luz que el hombre siente
remota, en dónde? Oh Dios, yo te he mirado:
Sombras tan sólo. Estaba desterrado.
Oh mundo oscuro, negro Dios poniente.

Te he mirado. A lo lejos, vi hondos fuegos,
vi que mi entraña estaba a muerte herida
y tuve sed de Ti, mal del infierno.

Y contemplé tus crueles astros ciegos.
Mas sólo cuando, al fin, miré la vida
logré asomarme a tu rencor eterno.

EL INSOMNE

“Noche: Los siglos”

Dámaso Alonso.

DUERME, concilia el sueño,
pues largas son las sombras de la noche
y las estrellas aún siguen brillando implacable-
mente.

Faltan siglos hasta que amanezca.
Acuna, así, en lo oscuro, tu cansancio eterno,
tu joven vejez fantástica,
niño, hijo mío inútil para el sueño. Recuerda:
Es de noche,
noche cerrada es todavía.
Duérmete al fin, sosiega,
reclina todas tus dulces rosas,

tus pájaros antiguos, tu delicada paciencia
—dolor y sino de tu madre un día—
en el arcano seno suyo, en su hogar vibrante.
Porque es de noche. Todos
están durmiendo ya, duermen ahora.
Y únicamente Dios sigue despierto.
Dios y tú, solamente.
Tú, solo, sin madre,
sin una paralela mujer, solo,
sin el reciente fruto
de un hijo de tu árbol,
¡vida que creció estéril
sin conocer el cielo en primavera!

Así, al terminar todo,
pesa en tus hombros frágiles la noche,
la fosca sombra inmensa, la vejez infinita
donde oyes la hueca música entre el delirio.

No te asomes, al corazón, no escuches
aquellos suaves violines,
su trémolo que cantaba
el himno del amor al mediodía.
Desde el balcón del insomnio,
desde su gran baranda sobre el abismo
mira fijos los astros, míralos crueles siempre.

No habla nadie. Es de noche.
Y tu mirada luce en la negrura,
tus ojos, tristes fósforos nocturnos,
astros caídos, luz hecha
para medir la distancia
que nos separa de otra lumbre idéntica.
Larguísima es la noche,
larguísima es la vida, largo

y oscuro es Dios, muy a lo lejos,
como la nube aquella en el trasfondo.

Duérmete. Todos duermen.
Oyelos en el silencio. Hace tiempo
que todos duermen ya. La noche
entera se levanta en sueño,
con el entrecortado respiro
de las mujeres dormidas,
de los niños, de los hombres todos,
tendidos tranquilamente,
mecidos en el diario vaivén solar, en su segundo
transcurso.
Unicamente para ti, despierto.
faltan milenios hasta que llegue la luz...

(De Luz desde el sueño.)

REVELACION DE LA VIDA

Y de repente dije: esto es la vida.
Esto y no más. Palpé su forma cierta.
La adiviné mortal. El alma, alerta,
vibró un instante toda estremecida.

El rojo amor con honda sacudida
—oh vida, oh viento— abrió la última puerta.
Y allá, en el fondo de la estancia abierta,
brilló mi muerte entre la luz dormida.

Esto es la vida —dije—, esto es la muerte,
ésta la tersa luz, la honda luz suave,
la cósmica pasión, el sueño inerte.

Esto eres sólo, sí. Y con paso grave
me adelanté hasta el fondo para verte,
llegué a la puerta y di vuelta a la llave.

INCOMPLETA BELLEZA

SI a veces nos asalta la evidencia
de Dios tras una nube, en una rosa,
en unos ojos de honda y misteriosa
mirada... Si, de pronto, en rauda ciencia,

rozamos cierto a Dios en la inocencia
de un río, en su corriente rumorosa...
Si a veces Dios a mano está en la cosa
más fugitiva y leve, y su presencia

da belleza divina a un agua triste,
a un resplandor final en el poniente,
a un vago viento que en la tarde insiste...

Si a veces tan cercano a Dios se siente,
Si a veces —rosa, río, luz— existe
tan ciegamente Dios. Si el mundo miente...

NIEVE Y ALMA

NIEVA, alma mía, nieva dulcemente.
¡Qué prodigioso envío de blancura!

¿Es cándido el color de la hermosura?
 ¿Inmaculado y terso como frente

de niño? Nieva, nieva... No se siente
 sino el pisar de Dios, su palma pura.
 Nieva... Y la nieve llega hasta la hondura
 del corazón, que está resplandeciente.

Niévame el alma, niévamela entera,
 házmela buena y limpia, porque anhele
 mirar tu mundo y verlo como era

cuando de niño levantaba al cielo
 la frente y aún había primavera,
 oh Dios, cuando eras Tú mi alto consuelo.

(FRAGMENTO)

¿QUE misterioso deseo nos lleva a convertir la
 vida en palabras?

¿Qué absurdo es éste de transformar la densa
 materia, la experiencia múltiple de la vida
 en soplos de aire,

Flatus vocis, palabras que expiran al borde mis-
 mo de los labios, ráfagas, breves brisas,

Finos lamentos que tiemplan al ser expelidos por
 el violín o la flauta,

V I C E N T E G A O S

Apenas con más significación que el viento que agita el álamo, o que ondula la superficie del río?

¿Qué pretenden insinuar estos signos que el capricho humano dibuja,

Olas que al romper abandonan su enigmática huella en la arena?

¿Qué íntima comezón nos conduce a este penoso ejercicio,

Haciéndonos consagrar los más puros anhelos, las horas más severas de nuestra vida a atesorar palabras, palabras,

O a acuñar nuevas palabras, como el falsificador acuña dinero en su secreto laboratorio?

Una y otra vez la torpeza de nuestro afán no nos causa más que una desilusión pasajera.

Entonces, intentamos trascender nuestra hermética soledad en el mundo,

Y apelamos al tácito lenguaje del tacto, al amoroso roce de la piel, a la temperatura del beso,

En un acto desesperado de comunión que tiene el mismo origen del arte.

De este modo transcurre nuestra existencia, en un ir y venir, en un porfiar y desistir continuo.

Rondando el centro lóbrego del misterio, como la luna gira en torno a la tierra oscura de la noche,

O como la tierra misma se acerca primero al sol, para alejarse luego,

Rebasado el ápice del amor, aún más solos, más derribados en el hondo centro de nuestras almas que nunca,

Interrogamos con avidez a cuanto nos rodea,

Y le pedimos su palabra azul a los montes, su melodía verde a los árboles, su frase de ternura a la brisa,

Su cósmica simpatía a los astros, o al mar la confesión colérica de sus olas,

Intentando olvidar que el mundo no tiene nada que comunicar a los hombres.

La magia de un silbido, de un trino, de un poco de aliento nos ilusiona,

Nos convierte en cándidos propietarios del universo, en potentados de manicomio que lo creen todo a su alcance,

Y olvidamos, casi olvidamos, que ni los huesos son una propiedad algo duradera del hombre.

(Inéditos.)

JOSE HIERRO

ALGO SOBRE POESIA, POETICA Y POETAS

Observación previa. Voy a trazar un esquema con algunas ideas sobre Poesía, Poética y Poetas. Como todo esquema, es una caricatura, una verdad en los puros huesos, sin carne y sin alma. Por ello estas líneas tendrán un imper- tinente tono dogmático o parecerán arbitrarias. La brevedad a que me obliga el espacio me impi- de aclarar o hacer salvedades en cada caso.

Poesía. Intentar definir la Poesía es propio de locos, es decir: de poetas. Cada poeta lo intenta por medio de sus poemas y siempre lo logra imperfectamente. Cada poema constituye un fracaso y, por lo mismo, es un estímulo para escribir el siguiente.

El "don de Dios" de Juan Alfonso de Baena, sería la definición más vaga y exacta. Vaga, porque conviene a la Poesía como al amor o al sol. Exacta, porque es la única forma de nom- brar un presente de la divinidad.

Existiría la Poesía aun sin los poetas. Estos son meros transmisores, traductores al lenguaje humano. El mayor peligro a que se ve expuesto el poeta, es el de que le enamoren los medios y

desprecie el fin; que le seduzcan las palabras y olvide la Poesía.

El Poeta. San Juan de la Cruz —no por muy sobada debe dejar de repetirse la cita si es preciso— decía que: “unas (palabras) me las daba Dios. Las otras las buscaba yo”.

Entendemos que el poeta está formado por dos seres distintos: el poeta y el hombre. O, con otras palabras, el iluminado y el lógico. Se sirven y complementan, como trataré de probar. El iluminado es quien recibe de Dios unas palabras. El lógico, quien busca las demás.

La inspiración. El poeta ha oído una llamada misteriosa. Le invade una sensación sutilísima, intensa, que precisa transmitir. Algo hecho de ritmo y de color le desasosiega: es el tono, el acento, la atmósfera poética; eso que hay en el poema antes de estar escrito; eso que queda resonando en la memoria cuando las palabras se han olvidado.

El poeta siente como si le enterneciera el recuerdo de una música que escuchó en el pasado. Su propia alma le canta en los oídos. Quisiera cantar esa música a los demás, hacerles experimentar la misma emoción que a él le llena. Pero su situación es semejante a la de un hombre que recuerda imprecisamente una canción y necesita que alguien comience a cantársela para poder proseguir él.

La sensación inicial es captada por procesos sucesivos. Primero se acerca el poeta a ella a través de una correspondencia rítmica: un monstruo de sílabas átonas y tónicas, casi pura melodía. Después, el ritmo cuaja en métrica: versos

todavía sin palabras, pero ya con color, con tonalidad musical, mayor o menor. (Es muy frecuente que, si se trata de verso rimado, aparezca con la métrica la asonancia o las vocales de los consonantes.)

Letra y música. El poeta, al fin, ha captado la música del poema. Después el hombre aprovechará esa música para cantar sobre ella la letra humanísima de sus tristezas, sus aspiraciones, fantasías, recuerdos, alegrías. El hombre que hay en el poeta, cantará lo que tiene de común con los demás hombres, lo que los hombres todos cantarían si tuviesen un poeta dentro.

En el poema, la palabra es letra y música a la vez. Canta y sugiere al mismo tiempo que dice. Llamo música a lo inefable, a lo que hace claro para la sensibilidad lo que resulta inexplicable a la razón. La música exige de la palabra color (que lo dan las vocales), ritmo (la sucesión de acentos), timbre (las consonantes) y cadencias o puntos de reposo (las asonancias y consonancias y aun ciertas pausas en el verso libre). Es un soporte armónico para una melodía rezada, que es la letra.

Letra es todo aquello que queda en el poema después de ser traducido. La palabra, en cuanto letra, ha de ser justa, precisa, insustituible, fiel a la idea que expresa. Una vasija de finísimo cristal a cuyo través se ve el licor de su significado. La vasija no ha de verse. Es un simple recipiente que impide que la idea se derrame. Las tallas y decoraciones del cristal —los adjetivos y las imágenes casi siempre— sólo sirven

para restar transparencia e impedir que veamos el contenido.

En el doble ser poeta-hombre, el hombre baila al son que le toca su poeta. Pero es que, de forma tan entrañable se corresponden, que el poeta toca lo que el hombre quería bailar. El hombre aprovecha la música que le brinda su iluminado para cantar lo que le desasosegaba.

La tarea de captar el tono, la música del poema, ha sido realizada por el iluminado. El lógico es quien va ofreciendo las palabras que puedan apresarla. Por eso, en principio, todo poema es confuso, ha sido arrancado de la nada de manera sonámbula. Es el lógico quien, posteriormente, se queda con lo significativo, quien sabe prescindir del hallazgo que nada añade al poema, quien resume, sintetiza y expresa al tiempo que canta, quien deja lo esencial. Bellos versos que nada aportan al conjunto, deben ser repudiados. Los poemas, como los orfeones, se hacen no con buenas individualidades, sino con buenos conjuntos.

No creo en el verso aislado, sino en el poema completo. El poema debe ser un todo indivisible. Un solo verso, descuajado del conjunto, sólo debe servir para satisfacer una curiosidad de tipo extrapoético.

Oscuridad y misterio. Es preciso hablar claro. La oscuridad es defecto de expresión. El misterio es lo irrazonable del pensamiento poético. A un poema no se le puede quitar misterio ni se le puede añadir oscuridad. El misterio ha de ser abordado, hasta donde se llegue, con claridad de expresión. Lo difícil ha de ser expresado con

sencillez. Cuando el sentido gramatical de la palabra se detiene ante el misterio, la música de ella lo alumbraba con extraña luz. La poesía puede llegar con su música a donde no llega la prosa con el simple concepto.

Ir a ciegas. La tarea de encadenar en palabras que sean música y letra, concepto y emoción, la sutil y misteriosa poesía, puede hacerse más o menos inconscientemente. Pero sean cuales fueren los conocimientos teóricos del poeta (su oficio lícito, subordinado: no su virtuosismo), jamás podrá llegar a saber si apresó un poco de poesía en su poema. Y desde luego siempre tendrá que reconocer que lo logrado es menos que lo pretendido: encerrar el misterio en conceptos claros, interpretar la armonía con una sola voz, son empresas irrealizables.

Clasificación de los poetas de hoy. Bajo tres etiquetas diferentes podemos agrupar a los poetas más jóvenes, a los que aún no han realizado su obra definitiva. Los que nada tienen que decir; los que no saben decir lo que pretenden decir; los que no resuenan con su tiempo.

Los que no resuenan. Es falso el que engaña a los demás, pero también el que se engaña a sí mismo. Quien no vibra con su tiempo, renuncie a crear. Será un anacronismo viviente, un hombre incompleto. Y sin hombre total no hay poesía.

Entiéndase que ser de nuestra época no quiere decir que han de emplearse los vocabularios de moda, tratar los asuntos del día. Hablando de una rosa se conoce al poeta del barroco y al actual. No basta con barnizar el espíritu estacionado con las expresiones actualísimas de los pe-

riódicos. Esto nada tiene que ver con el espíritu de la época. Uno puede ser o no ser español de 1952, pero no podrá —aunque conozca todos los ingredientes que lo componen— hacerse español de 1952.

Los que nada tienen que decir. Son los sordos absolutos. Como nada oyen, nada tienen que contar. Suplen con palabras sonoras su falta de emoción. Versificadores de “escalafón” que visten una idea, sin calor, de romance. Luego piensan que acaso estaría mejor sirviendo de esqueleto a un soneto, a unos versos libres. Su letra no tiene vida. Su música es externa, lograda a puro ríplio, a puro relleno. Su música no es el complemento indisoluble de la letra.

Estos poetas suelen conformarse con jugar, y entonces no engañan. Mas en ocasiones tratan de parecer trascendentes. La falta de ideas, de sentimientos, de actitud ante lo que sea, es disimulada con el uso del vocabulario en boga. El resultado es una poesía “standard”, porque carece de emoción, de autenticidad, que son quienes hacen que un poema sea original, por muy manido que esté su vocabulario y su asunto. Un poema mecánico es teóricamente igual a otro poema mecánico.

Los que nada tienen que decir, veletas que giran según sopla el viento, son los culpables del tono gris, monótono y despersonalizado de la poesía actual.

Los que no saben decir. Constituyen el heroico “quiere y no puedo” de la moderna poesía. Por desgracia, no son los más abundantes. Digo “por desgracia”, porque buenas intenciones, si no

hacen buenos poetas, a lo menos preparan el advenimiento de ellos. Los honrados, sinceros, bien-intencionados que no saben decir, los que batallan por hallar su expresión, son los bautistas de la futura poesía. Como Gómez Manrique, también escriben coplas a la muerte de un Diego Arias. Pero han de esperar un Jorge Manrique que dé forma definitiva a la inmortal elegía.

Un verdadero y alto poeta, más todo su tiempo, viven en sus poemas. La crítica futura excusará los poemas de estos que no supieron decir, en consideración a los tiempos que vivieron; como se excusa a un capitán de barco que no puede guardar el equilibrio durante una galerna.

Mi poesía. Nadie me creará tan petulante como para dividir los poetas actuales en dos grupos: José Hierro y todos los demás. Soy honrado cuando escribo, y presumo pertenecer al grupo de los que no saben decir. Pero no bastan las buenas intenciones. Si algún poema mío es leído por casualidad dentro de cien años, no lo será por su valor poético, sino por su valor documental. Podrá ser ejemplo de lo que un hombre padeció tratando de descubrir el Mediterráneo. Acaso alguno diga: "Le faltó genialidad; porque hay etapas de la Historia que requieren un Fray Luis de León; a otras les basta con un Meléndez Valdés; él lo sabía y debió padecer por sus limitaciones..."

El tiempo que corre. "El mismo tiempo corre que solía, que nunca de correr se vió cansado..." Porque Lope miraba así, con mirada universal, creyendo que todo era uno y lo mismo (pero arrastrando tras de sí, sin sospecharlo, por con-

descender con el vulgo, a quien daba gusto, todo el peso de su tiempo) es por lo que Lope es un genio.

He nombrado a Lope cuando hablaba de mi poesía. Lo hago sin temor al ridículo pues prefiero parecer ridículo a engreído. Nombrando a Lope concreto mis gustos, mido mi insignificancia y doy a conocer el sistema poético decimal por el que me mido.

Mi defecto nace de una terrible limitación. Contra soberbia, poesía. Pero en mí la soberbia vence.

Yo creo que sí, que la poesía es siempre la misma. También el río es el mismo, desde su nacimiento a su unión con el mar, y sin embargo, a lo largo de su curso, moja orillas distintas, refleja diversos cielos. Quiero creer que el momento que vivo es el más intenso, anubarrado y hermoso de cuantos ha atravesado el río poesía. Reflejo el cielo con malicia. Quisiera hacerlo así para que los hombres que vivan cuando yo haya muerto, lamenten no haber vivido hoy. Estos previos proyectos hacen que las aguas poéticas (cada uno es todo el agua) bajen turbias, impotables. El cielo no se refleja, ni se sacia la sed. Ser clásicos es ser universalmente de un tiempo. Ser un fracasado es estar aldeanamente enamorado de un tiempo, supeditar la poesía al documento vivo y cálido. Es una de mis limitaciones. Lo sé, pero no lo puedo evitar.

Posición. Confieso que detesto la torre de marfil. El poeta es obra y artífice de su tiempo. El signo del nuestro es colectivo, social. Nunca como hoy necesitó el poeta ser tan narrativo;

porque los males que nos acechan, los que nos modelan, proceden de hechos. No son tiempos en que un corazón se ve asediado por vagos sentimientos: el "spleen", el cansancio de la realidad. El lector busca en el poeta al ser que le canta lo que él siente en su espíritu. Acaso le place escuchar de otros labios su propio mal. Por aquello de "mal de muchos..." El poeta, tratando de robar el fuego poético, es un loco que canta el mal de muchos. Es un loco que canta para tontos.

Quizá la poesía de hoy debería ser épica. Entre novela y y poesía épica —en el sentido en que interpreto esta palabra— habría la misma distancia que entre periodismo y novela. El periódico cuenta todos los hechos. La novela extracta los más significativos. La poesía registra la huella que en el corazón del poeta dejan unos hechos, los que concretan su tiempo.

Acaso sea una definición provisional de la poesía ésta: un don de Dios mediante el cual el poeta nos dice (con la letra) y nos convence (con la música) de que está vivo. Y estar vivo es llevar dentro todo el peso de una época.

Nuestro tiempo requiere una potente voz. Acaso alguno acierte con ella. Entretanto, pienso en el poeta que ha de venir y procuro no engañarme confundiendo engolamiento, grito y desmelenamiento, con "angustia" y sinceridad. Porque el hombre puede llorar, pero debe saber guardar las apariencias.

SERENIDAD

(Lectura de madrugada.)

SERENIDAD, tú para el muerto,
que yo estoy vivo y pido lucha.
Otros habrá que te deseen:
esos no saben lo que buscan.
Si se durmieran nuestras almas,
si las tuviéramos maduras
para mirar inmovibles,
para aceptar sin amargura,
para no ver la vida en torno
apasionadamente nunca,
duros y fríos, como piedra
que sopla el viento y no la muda...

Almas claras. Ojos despiertos.
Oídos llenos de la música
del dolor. Los dedos felices,
aunque los hieran las agudas
espinas. Todo el sabor agrio
de la vida, en la lengua.

"Nunca

*podrás mojar tu pie en el río
en que ayer lo mojaste. Busca*

*la eternidad, vive en la alta
contemplación de su figura."*

Palabrería de los libros
de la que deja el alma turbia,
Serenidad que se nos vende
por librarnos de la tortura,
por llenarnos de sueño el alma,
y rodeárnosla de bruma.
Serenidad, tú para el muerto.
El hombre es hombre, y no le asusta
saber que el viento que hoy le canta
no volverá a cantarle nunca.
Serenidad, no te me entregues
ni te des nunca,
aunque te pida de rodillas
que me libertes de mi angustia.
Será que vivo sin saberlo
o que desierto de la lucha.
Tú no me escuches, no me elevés
hasta tu cumbre de luz única.

Palabrería de los libros
de la que deja el alma turbia.
Yo también me hago un poco libro,
me duermo el alma...

Luz difusa.

La madrugada se desgaja
agria y azul, como una fruta.
Cantan los pinos a lo lejos.
Un niño llora. Las desnudas
mujeres y hombres silenciosos
salen despacio de las últimas

sombras. Los pájaros me esperan.
 Se alzan las olas. (Me preguntan
 por qué.) Campanas... (Ayer niebla,
 hoy claro sol, y luego lluvia...)
 ¿Por qué? Las hojas se estremecen...

Voy inundándome de música.

(De *Tierra sin nosotros*.)

RESPUESTA

QUISIERA que tú me entendieras a mí sin pa-
 labras.

Sin palabras hablarte, lo mismo que se habla mi
 gente.

Que tú me entendieras a mí sin palabras
 como entiendo yo al mar o a la brisa enredada
 en un álamo verde.

Me preguntas, amigo, y no sé qué respuesta he
 de darte.

Hace ya mucho tiempo aprendí hondas razones
 que tú no comprendes.

Revelarlas quisiera, poniendo en mis ojos el sol
 invisible,

la pasión con que dora la tierra sus frutos ca-
 lientes.

Me preguntas, amigo, y no sé qué respuesta he
 de darte.

J O S E I H I E R R O

Siento arder una loca alegría en la luz que me envuelve.

Yo quisiera que tú la sintieras también inundándote el alma,

yo quisiera que a ti, en lo más hondo, también te quemase y te hiriese.

Criatura también de alegría quisiera que fueras, criatura que llega por fin a vencer la tristeza y la muerte.

Si ahora yo te dijera que había que andar por ciudades perdidas,

y llorar en sus calles oscuras sintiéndose débil, y cantar bajo un árbol de estío tus sueños oscuros, y sentirse hecho de aire y de nube y de yerba muy verde...

Si ahora yo te dijera que es tu vida esa roca en que rompe la ola, la flor misma que vibra y se llena de azul bajo el claro nordeste,

aquel hombre que va por el campo nocturno llevando una antorcha,

aquel niño que azota la mar con su mano inocente...

Si yo te dijera estas cosas, amigo, ¿qué fuego pondría en mi boca, qué hierro candente,

qué olores, colores, sabores, contactos, sonidos?

Y ¿cómo saber si me entiendes?

¿Cómo entrar en tu alma rompiendo sus hielos?

¿Cómo hacerte sentir para siempre vencida la muerte?

¿Cómo ahondar en tu invierno, llevar a tu noche
la luna,
poner en tu oscura tristeza la lumbre celeste?

Sin palabras, amigo; tenía que ser sin palabras
como tú me entendieses.

(De *Alegría.*)

DEMASIADO TARDE

APAGAMOS las manos. Dejamos encima del mar
marchitarse la luna
y nos pusimos a andar por la tierra cumplida
de sombra.

Ahora ya es tarde. Las albas vendrán a ofrecernos
sus húmedas flores.

Ciegos iremos. Callados iremos, mirando algo
nuestro que escapa
hacia su patria remota.

(Nuestro espíritu debe de ser, que cabalga
sobre las olas.)

Ahora ya es tarde. Apagamos las manos felices
y nos ponemos a andar por la tierra cumplida
de sombra.

Hemos caído en un pozo que ahoga los sueños.
Hemos sentido la boca glacial de la muerte tocar
nuestra boca.

Antes, entonces, con qué gozo ardiente,
con qué prodigioso encenderse de aurora

modelamos en nieblas efímeras, en pasto de brisas ligeras,

nuestra cálida hora.

Y cómo apretamos las ubres calientes. Y cómo era hermoso

pensar que no había ni ayer, ni mañana, ni historia.

Ahora ya es tarde: apagamos las manos felices y nos ponemos a andar por la tierra cumplida de sombra.

Cómo errar por los años, como astros gemelos, sin fuego,

como astros sin luz que se ignoran.

Cómo andar, sin nostalgia, el camino, soñando dos sueños distintos

mientras en torno el amor se desploma.

Ahora ya es tarde. Sabemos. Pensamos. (Buscá-bamos almas.)

Ahora sabemos que el alma no es piedra ni flor que se toca.

Como astros gemelos y ajenos pasamos, sabiendo que el alma se niega si el cuerpo se niega.

Que nunca se logra si el cuerpo se logra.

Dejamos encima del mar marchitarse la luna.

Cómo errar, por los años, sin gloria.

Cómo aceptar que las almas son vagos ensueños que en sueños tan sólo se dan, y despiertos se borran.

Qué consuelo ha de haber, si lograr una gota de un alma

es pretender apresar el latir de la tierra, desnuda y redonda.

Estamos despiertos. Sabemos. Como astros soberbios, caídos,
sentimos la boca glacial de la muerte tocar nuestra boca.

(De *Con las piedras, con el viento...*)

REPORTAJE

DESDE esta cárcel podría verse el mar, seguir los giros de las gaviotas, pulsar el latir del tiempo vivo. Esta cárcel es como una playa: todo está dormido en ella. Las olas rompen casi a sus pies. El estío, la primavera, el invierno, el otoño, son caminos exteriores que otros andan; cosas sin vigencia, símbolos mudables del tiempo. (El tiempo aquí no tiene sentido.)

Esta cárcel fué primero cementerio. Yo era un niño y algunas veces pasé por este lugar. Sombríos cipreses, mármoles rotos. Pero ya el tiempo podrido contaminaba la tierra.

La yerba ya no era el grito
 de la vida. Una mañana
 removieron con los picos
 y las palas la frescura
 del suelo, y todo —los nichos,
 rosales, cipreses, tapias—
 perdió su viejo latido.
 Nuevo cementerio alzaron
 para los vivos.

Desde esta cárcel podría
 tocarse el mar; mas el mar,
 los montes recién nacidos,
 los árboles que se apagan
 entre acordes amarillos,
 las playas que abren al alba
 grandes abanicos,
 son cosas externas, cosas
 sin vigencia, antiguos mitos,
 caminos que otros recorren.
 Son tiempo
 y aquí no tienen sentido.

Por lo demás, todo es
 terriblemente sencillo.
 El agua matinal tiene
 figura de fuente...

(Grifos

al amanecer. Espaldas
 desnudas. Ojos heridos
 por el alba fría.) Todo
 es aquí sencillo,
 terriblemente sencillo.

Y así las horas. Y así
 los años. Y acaso un tibio
 atardecer del otoño
 (hablan de Jesús) sentimos
 parado el tiempo. ("Jesús
 habló a los hombres, y dijo:
 Bienaventurados los
 pobres de espíritu.")

Pero Jesús no está aquí,
 (salló por la gran vidriera,
 corre por un risco,
 va en una barca, con Pedro,
 por el mar tranquilo)
 Jesús no está aquí. Lo eterno
 se desvae, y es lo efímero
 —una mujer rubia, un día
 de niebla, un niño tendido
 sobre la yerba, una alondra
 que rasga el cielo— es lo efímero,
 eso que pasa y que muda,
 lo que nos tiene prendidos.
 Sed de tiempo, porque el tiempo
 aquí no tiene sentido.

Un hombre pasa. (Sus ojos
 llenos de tiempo) Un ser viyo.
 Dice: "Cuatro, cinco años..."
 como si echara los años
 al olvido.

Un muchacho de los valles
 de Liébana. Un campesino.
 (Parece oírse la voz
 de la madre: "Hijo,

no tardes", ladrar los perros
 por los verdes pinos,
 nacer las flores azules
 de abril...)

Dice: "Cuatro, cinco,
 seis años...", sereno, como
 si los echase al olvido.
 El cielo, a veces, azul,
 gris, morado, o encendido
 de lumbres. Dorado a veces.
 Derramado oro divino.

De sobra sabemos quién
 derrama el oro, y da al lirio
 sus vestiduras, quién presta
 su rojo color al vino,
 vuela entre nubes, ordena
 las estaciones...

(Caminos
 exteriores que otros andan)
 Aquí está el tiempo sin símbolo
 como agua errante que no
 modela el río.

Y yo, entre cosas de tiempo,
 ando, vengo y voy perdido.
 Pero estoy aquí, y aquí
 no tiene el tiempo sentido.
 Deseternizado, ángel
 con nostalgia de un granito
 de tiempo. Piensan al verme:
 "Si estará dormido..."

Porque sin una evidencia
 de tiempo, yo no estoy vivo.

Desde esta cárcel podría
verse el mar —yo ya no pienso
en el mar—. Oigo los grifos
al amanecer. No pienso
que el chorro me canta un frío
cantar de fuente. Me labro
mis nuevos caminos.

Para no sentirme solo
por los siglos de los siglos.

NO CANTARE YA NUNCA MAS

NO cantaré ya nunca más. El canto
se me ha secado en la garganta.
Como una rosa.

Ay, misterioso ruiseñor
que gorjeabas bajo el agua,
que me clavabas en el pecho
tu pico: sueño, vida, espada.

Se derramaba por el mar mi sangre.
Cantar de bienaventuranza.
Iluminaba los amaneceres
con su doliente luz de plata.

Alba carmín y mediodía de oro.
Trompas de fuego en la mañana.
En cada hojilla de la primavera
una menuda y verde daga.

Dedos que tañen cuerdas invisibles.
 Músicas que desnudan al que pasa.
 Cuánto tesoro derruido
 en el silencio de tu caja.

Ay, mis héroes, mis álamos, mis ríos,
 mis playas, frutas y distancias.
 (Ay, Dios mío, sin nombre ya, sin hombre.)
 Ay, enterradas y borradas.

Ay. Y podridas. Y dormidas.
 Y asesinadas. Y apagadas.
 Las olas que me hundieron hasta el fondo
 sabían bien lo que arrastraban.

Ay, las canciones sin medida.
 La medida sin notas, sin palabras.
 Ay, las columnas en que puse
 el peso dulce de mis alas.

Y todo: norte y sur, este y oeste,
 ofrendándome sus campanas,
 sus instrumentos de cristal,
 humos piedras, plumas y almas.

Ay, sin medida ya. Fundidas
 las fronteras y las distancias.
 Ay, la vida que no venía
 a ofrecerme su boca grana.

Cárcel de hierro, mas sin fuego.
 Piedra sin alas y sin alma.
 Ay, estíos, otoños, primaveras,
 inviernos que nacían y pasaban.

Ay, gaviotas, alondras, horas,
 manos, estrellas, peces, ramas.
 Ay, vida que no viene. Y si venía
 no había voz para cantarla.

No cantaré ya nunca más. El canto
 se me ha secado en la garganta.
 Se ha dormido en mi corazón
 como una rosa.

PARA UN ESTETA

TU, que hueles la flor de la bella palabra,
 acaso no comprendas las mías, sin aroma.
 Tú, que buscas el agua que corre transparente,
 no has de beber mis aguas rojas.

Tú, que sigues el vuelo de la belleza, acaso
 nunca jamás pensaste cómo la muerte ronda,
 ni cómo vida y muerte —agua y fuego—, her-
 manadas,
 van socavando nuestra roca.

Perfección de la vida que nos talla y dispone
 para la perfección de la muerte remota.
 Y lo demás, palabras, palabras y palabras;
 ¡ay!, palabras maravillosas.

Tú, que bebes el vino en la copa de plata,
 ignoras el camino de la fuente que brota
 de la piedra. No sacias tu sed en su agua pura
 con tus dos manos como copa.

Lo has olvidado todo porque lo sabes todo.
Te crees dueño, no hermano menor de cuanto
nombras.

Y olvidas las raíces ("Mi Obra" —dices—); olvidas
que vida y muerte son tu obra.

No has venido a la tierra a poner diques y orden
en el maravilloso desorden de las cosas.

Has venido a nombrarlas, a comulgar con ellas
sin alzar vallas a su gloria.

Nada te pertenece. Todo es afluyente, arroyo.
Sus aguas en tu cauce temporal desembocan.
Y hechos un solo río, os vertéis en el mar
"que es el morir", dicen las coplas.

No has venido a poner orden, dique. Has venido
a hacer moler la muela con tu agua transitoria.
Tu fin no está en ti mismo ("Mi obra" —dices—),
olvidas
que vida y muerte son tu obra.

Y que el cantar que hoy cantas será apagado
un día
por la música de otras olas.

(De *Quinta del 42.*)

(Inéditos.)

RAFAEL MORALES

POETICA

Ignoro totalmente cómo llegó a mí esa divina ansia de escribir poesía. Ignoro también por qué, entre las diversas formas de expresión que tiene el poeta (décimas, romances, sonetos, quintillas, verso libre, liras, etc.) prefiero unas u otras, e, igualmente, no sé por qué elijo entre ellas, cuando voy a escribir mis versos. La verdad es que lo ignoro todo ante el formidable, maravilloso fenómeno poético.

* * *

¿Qué busco al escribir mis poemas? No lo sé tampoco. Recuerdo que muy niño, me han dicho que a los siete años, hice unos inocentes y mal medidos pareados, que tenían por tema los gorrones que bajaban a los geranios, claveles, hortensias y alhelies de mi casa talaverana. Debí moverme tan sólo un incipiente instinto lírico. Me impresionaba aquel revuelo de pajaritos que ofrecieron sus tiernas alas pardas a mis primeros

versos; con ellas, volaba en rimas mi imaginación de niño. No era posible que entonces, al hacer el poemilla, buscase otra cosa que expresar un sentimiento. Exactamente como me ocurre ahora... Pero también mi deseo debió ser comunicar la emoción sentida, pues recuerdo que subí corriendo a la segunda planta de la casa paterna, donde se hallaban mi madre y mi tía Leandra y les leí el poema, tembloroso el papel en mis manos como otro pajarillo recién apresado.

* * *

Dice el grán Vicente Aleixandre que el poeta que escribe para sí mismo, lo que hace es suicidarse por falta de destino. ¡Qué verdad tan exacta! Siempre he pensado así y he escrito, no para la minoría, sino para la mayoría. Esto no quiere decir que rebaje mi poesía a lo facilón y manido, para que a todos llegue. Eso es lo que hacen los que no saben otra cosa. Sin embargo, siempre cuido de ser comprendido, a lo menos por una mayoría relativa, que es con la única que deben contar los artistas. Jamás se ha hecho arte para la gente de gustos no refinados.

* * *

El poeta se encuentra en la vida con una infinidad de motivos para escribir. Unos, forzosa-

mente, le han de impresionar más que otros. Al hojear mis libros, veo que la mayor parte de los poemas han sido inspirados por el dolor. Lo siento. Me gustaría ser más alegre en mis versos. No puedo. ¿Será una prueba de mi temperamento romántico? Algunos, sin embargo, consideran mi poesía como de tipo neoclásico. Se equivocan. Me falta serenidad espiritual paara lograr el tono clasicista. Al ver mi preferencia por el soneto, no se fijan en más: forma clásica, poeta neoclásico. Pero no es precisamente en la forma donde hay que buscar el espíritu del poeta.

EL TORO

ES la noble cabeza negra pena,
que en dos furias se encuentra rematada
donde suena un rumor de sangre airada
y hay un oscuro llanto que no suena.

En su piel poderosa se serena
su tormentosa fuerza enamorada
que en los amantes huesos va encerrada
para tronar volando por la arena.

Encerrada en la sorda calavera,
la tempestad se agita enfebrecida,
hecha pasión que al músculo no altera:

es un ala tenaz y enardecida,
es un ansia cercada, prisionera,
por las astas buscando la salida.

MUERTE DEL TORO

MIRA qué pase, ¡oh toro!, qué desvío
de la muleta al aire desplegada,

mira pasar su ala derramada
sobre tu negro y rumoroso río.

Pronto caerá tu pleno poderío,
pues ya el agudo rayo de la espada
va en tu celeste noche huracanada
con un acento perfilado y frío.

¡Ay!, cómo crece el suelo, cómo crece,
cómo llama la tierra a tu costado
y cómo turbia y grande se te ofrece.

Adiós tu hierba de frescor salado
y este viento que llega y desfallece,
que acaso viene, ¡oh toro!, de tu prado.

TORO EN LA SERRANIA

QUE alegría en el campo, qué alegría,
qué rumor de romero y amapolas.
Cuántas olas de yerba, cuántas olas
mueve el viento en la aurora nueva y fría.

Muge el toro a la sierra, desafía
a las más altas cimas y más solas,
y tú, tierra, te alzas y enarbolas,
como un toro feroz, tu serranía.

¡Ay, tierra de mi España, de mi vida,
toro de tierra que en mi tierra siento,
oigo mugir tu roca más hundida!

¡Ay, tierra de mi España, de mi aliento,
como el toro de brava, estremecida,
levantando tus sierras contra el viento!

LIDIA

¡OH, qué templado lance, qué revuelo,
qué embite tan feroz y tan valiente
bajo el trapo fugaz que el toro siente
imitando en el aire un breve cielo!

¡Oh, cuánta furia, cuánto desconsuelo
en el toro que embiste nuevamente,
hecho negro relámpago caliente
que puebla de rumor ardiente el suelo!

Mas el ansia tenaz y desbordada
del fiero corazón que va burlado
no saciarás jamás, ¡triste porfía!

Que tienes ya en tu carne la estocada
y vas hacia la muerte derrotado,
acornalando el aire en la agonía.

EL BUEY

A Emilio Niveiro.

LA tarde desolada va cayendo
sobre tus cuernos, mustia y dolorida,

y en tus huesos cansados va creciendo
el amargo sabor que da la vida,

El rumoroso mundo que estás viendo
con su sonora carne te convida,
y tú del dulce mundo vas huyendo
para halagar la mano que te cuida.

Buscó el amor regiones más amenas,
y, dejándote el yugo por amigo,
abandonó en tu sangre lentas penas,

quedándote tan sólo por testigo
la fría soledad de las arenas,
el cielo grande y el rumor del trigo.

CHOTO

A José Luis Cano.

CORRE feliz el choto por el prado,
ajeno aún al dolor y la tristeza,
sintiendo ya que brota en su cabeza
el cuerno temeroso y afilado.

Siente su corazón todo inundado
de un ansia nueva que a crecer empieza
y siente concentrarse su fiereza
en el joven testuz ensortijado.

No sabe cómo fué, cómo ha surgido
este imprevisto afán, este ardimiento,
y lanza loco un cálido mugido.

Siente un febril impulso, un gran contento,
mira y contempla todo sorprendido
y da el primer embite para el viento.

AGONIA DEL TORO

UNA mano de niebla temerosa
llega a tu corazón doliente y fría,
y aprieta lentamente como haría
el aire más sereno con la rosa.

Su dulce sombra, mansa y silenciosa,
sube a tus ojos su melancolía,
apagando tu dura valentía
en la pálida arena rumorosa.

La dura pesadumbre de la espada
no permite siquiera tu mugido:
poderosa y tenaz está clavada.

Tú ves cerca de ti a quien te ha herido
y tiendes tu mirada sosegada
sin comprender, ¡oh toro!, cómo ha sido.

(De Poemas del Toro.)

*A UN POTRO BLANCO, MUERTO EN
UNA NOCHE DE LUNA*

CEFIRO casi, viento adolescente,
callada nieve con temblor alado,

tibio rayo de luna, derribado
en la noche tranquila y transparente.

Tu juvenil cabeza, tiernamente
yace en la yerba del abril soñado.
La luz helada el corazón rosado
de nieve te pobló tempranamente.

¡Ay, esa yerba de frescor y menta
que el clavel de tu lengua recogía
en la tibia mañana blanca y lenta!

Todo se fué con esta luna fría...
¡Ay, tu cabeza núbil y violenta!
¡Ay, cadáver de un viento que se enfría!

A UN ESQUELETO DE MUCHACHA

Homenaje a Lope de Vega.

EN esta frente, Dios, en esta frente
hubo un clamor de carne rumorosa
y aquí, en esta oquedad, se abrió la rosa
de una fugaz mejilla adolescente.

Aquí el pecho sutil dió su naciente
gracia de flor incierta y venturosa,
y aquí surgió la mano, deliciosa
primicia de este brazo inexistente.

Aquí el cuello de garza sostenía
la alada soledad de la cabeça,
y aquí el cabello undoso se vertía.

Y aquí, en redonda y cálida pereza,
 el cauce de la pierna se extendía
 para hallar por el pie la ligereza.

PENA

QUE pena ser dos, quererse
 y estar llenos de delirio.

Qué pena ser dos, qué pena
 pensar que son dos caminos...

Ay, qué tremendo es pensar
 que dos nunca son lo mismo,
 que dos vientos diferentes
 llevan camino distinto.

A ELLA DESDE LEJOS

YO estaba solo, amor y te pensaba,
 solo en la sierra solitaria, inmensa,
 que levantaba al aire de la tarde
 su soledad de roca, su tristeza.

Yo estaba solo, amor, yo estaba solo
 —aire en el aire, peña entre las peñas—,
 yo no era nadie, nada, solamente
 un trozo más de la infinita tierra.

Barro sin nombre, en el olvido, solo,
 corazón de la nada y de la ausencia,
 trozo de soledad, amargo barro,
 pobre fantasma ciego entre la niebla.

Mi corazón tan sólo se poblaba
 de ensueño y de pasión, de dulce pena:
 "Ay, aquellos tus ojos que me faltan,
 ay, tu amada caricia, sólo aquélla."

¡Ay, qué huracán se desató de pronto
 en el delirio oscuro de mis venas!
 "¡Amor, amor!", grité, ya en la locura.
 El grito aquel se lo tragó la tierra.

NIEBLA

A José María de Cossío.

¡QUE silencio en el denso misterio de la niebla,
 en medio del paisaje sin luz y desolado,
 donde todo parece melancólica piedra!

Un alma eran los aires, deshabitada y fría,
 desde el cielo remoto hasta la sorda tierra.
 Se me hundía la niebla, tan mansa, mansa, mansa,
 en mi frente clivada, en mi nuca, en mis venas.
 ¿Dónde acababa el cuerpo y dónde comenzaba
 el reinado absoluto, fantasmal, de la niebla?
 Al caminar sin luz por el silencio informe,
 atravesaba el sueño sin nadie de la tierra.

¡Ay, angustia tremenda de sentirse olvidado;
carne de soledad y niebla y niebla y niebla!

(De *El Corazón y la Tierra.*)

LOS LOCOS

MIRAD los locos, altos como ramas,
llenos de inmensidad y poderío;
miradlos altos cual soberbias llamas,
amenazando al cielo con su brío.

Como harapos ardientes y violentos
esparcen sus delirios y su anhelo.
Vedlos chocar su pecho con los vientos,
pobres guiñapos locos junto al cielo.

¡Ay, qué locura de abrasado vino
arde en su honda y más profunda vena!
Y van raudos, tenaces, sin destino,
hijos del cielo, ciegos en la arena.

Fantasmas de la nada y del coraje,
dioses heridos, bellos, desgarrados,
que llenan de pavor todo el paisaje
con aullidos tremendos y abrasados.

Otras veces tranquilos, misteriosos,
llenos de humilde pena y de grandeza,

se agolpan contra el suelo silenciosos
y reposan en tierra su cabeza.

Si acarician la tierra dulcemente,
sienten allá en su alma enamorada
una mujer que besa tiernamente
su pobre frente loca y desolada.

Cuando su seca, marchitada boca
acercan a la piedra, enamorados,
¡qué soledad tremenda da la roca
a sus nobles sentidos desbordados!

¡Ay, pobres locos del amor, de anhelo,
de la nada simiente y alimento,
mitad tierra sin nadie, mitad cielo,
carne de Dios en la mitad del viento!

LOS LEPROSOS

MIRA esta piel bellísima y rosada
donde la luz y la mañana laten.

¡Ay, mírala, leproso, y no la toques,
con tu podrida, atormentada carne!

¡Ay, mírala, qué bella es la muchacha,
qué delicada y pura junto al aire!
Pero no la desees: olvida, olvida.
No sirves ya, leproso, para amante.

Tu carne enamorada se consume,
se te pudre tremenda e implacable

y has de dejar que el alma se te pudra,
¡ay, de pasión de soledad, de amante!

No la toques, leproso, no la toques
a esa dulce muchacha, que tu carne
no sirve para amar, ni tú la quieres,
ni la querrá seguramente nadie.

¡Ay, muérete de amor, leproso, hermano;
¡ay, muérete de soledad, de amante!
Sólo tendrás sobre tu cuerpo seco
la caricia purísima del aire

LOS CIEGOS

SON sombra nada más, tan sólo sombra,
nube de carne que en el suelo pesa;
en su entraña el abismo, y en su frente
un celeste silencio sin estrellas.

Cuerpo de sombras, cauce de la noche,
humano río de agolpada niebla
que sabe que la luz la lleva en torno
y la siente en la piel como una piedra.

Angeles de la noche, desterrados
del mundo de la luz y la presencia;
ángeles solos que en el pecho sienten
una apagada, misteriosa estrella.

Humana sombra, sí, pena del aire,
soplo oscuro de Dios sobre la tierra.

LOS NIÑOS MUERTOS

LA ilusión hecha carne, la ternura,
el temblor de la aurora, la inocencia,
la piel tranquila, casi luz, ventura
apagaron de pronto su presencia.

Todo cayó. Sobre la piel templada
frío celeste no cuajó amarillo,
la vida se apagó. La madrugada
flota en los ojos sin color, sin brillo.

Para alta rama que se eleva pura
iba la frente en tierno movimiento,
ansia de vida, chorro de ternura...;
tesoro fué del inclemente viento.

Apenas si las manos..., si la boca...,
apenas si los ojos..., la mirada...
Todo, Señor, nacía, y ya es la roca,
es la roca, Señor, la tierra helada.

¿Por qué fué desterrada la azucena,
por qué la alondra se quedó sin vuelo,
por qué el aire de mayo se hizo pena
en la inclemente soledad del cielo?

Mira el mundo girar, Dios mío,
mira la tierra que impasible rueda,

mira su entraña oscura y este frío
que en la azucena soterrada queda.

LOS IDIOTAS

LOS idiotas son carne de la nada, de nadie;
son soledades vivas, desiertos corazones,
y llevan en su alma silencio, sombra y aire.

¡Ay! Los idiotas llevan el cuerpo de la pena.
Los idiotas arrastran como niebla su carne.

Un dolor en su cuerpo que ni siquiera duele;
un corazón, un nido donde nunca hubo un ave,
y sus ojos, que miran torpemente las flores,
son dos pájaros muertos de tristeza en el aire.

(De *Los desterrados.*)

CANCIÓNCILLA DE AMOR A MIS ZAPATOS

LOS zapatos en que espero
el tiempo de mi partida
tienden dos alas de cuero
para sostener mi vida.

Bajo la suela delgada,
siento la tierra que espera...

Entre la vida y la nada,
¡qué delgada es la frontera!

COMO EL CHOPO

SE recorta en el cielo ceniciento,
por el viento tajado a desgarrones,
un chopo solitario. Sus raigones
hunden en tierra el pardo movimiento.

Pero hacia el cielo sube turbulento,
y son sus tiernas hojas a empellones
un gran rumor de verdes corazones
que estalla en cada rama con el viento.

Y así, a lo hondo de la tierra baja,
esta vida de hombre que sostengo,
donde la muerte, sin cesar, trabaja.

Y así, a lo alto, como el chopo vengo,
hendido por el viento que me taja,
mas siempre en pie como el dolor que tengo.

LOS TRAPEROS

A Eduardo Vicente.

VAN por las largas calles los traperos
con sus panzudos sacos a la espalda,

colgándoles inertes, sucios, ciegos,
igual que grandes sacos mutilados,
redondos, pardos, silenciosos, muertos.

Van con sus grandes sacos dolorosos
por los largos caminos, donde el viento
pone su verde aullido en el ramaje
de un árbol solitario bajo el cielo.

Y llevan en un saco los zapatos
negros y fríos de un muchacho muerto,
la muñeca sin brazos y sin ojos
y un tímido abanico dieciochesco,
mostrando en sus varillas solitarias
el pequeño temblor de su esqueleto,
comido de ratones donde puso
antiguamente su rumor el viento.

Un azulado traje de obrerita
se pliega en un rincón donde el silencio
íntimo y sucio pone su ternura
entre la mansa lana y el recuerdo.

Y los traperos siguen su camino,
los cuerpos inclinados bajo el peso...
Turbios de vieja pana y lejanía,
se borran silenciosos a lo lejos,
se adentran en la noche con sus trapos,
se pierden en la noche con los sueños.

PECADO

OH, Dios mío, Dios mío. Tu ira azota
en mi carne de hombre. Por mis venas

tus látigos restallan, y me sueñas
como un trueno en mi sangre más remota.

He pecado, Señor, y en cada gota
de la sangre que llevo muerdes, truenas,
hundes fieros cuchillos y me llenas
de un huracán que de tus llagas brota,

que ruge por mi pecho, que restalla,
abriéndose en la estrella de mi mano
como una enorme ola de metralla.

Sopla, Señor, sobre mi polvo vano,
avéntame cual polvo de batalla.
¡Mas no! ¡Perdón!... Al fin, soy tan humano...

TENTACION

A Blas de Otero.

LA tentación, el ansia, la locura,
la órbita del ojo iluminada
por la pupila turbia y acerada,
fijo astro de ardiente calentura.

Y el árbol de la vida, en su espesura
guardando la manzana deseada,
subiéndole hacia el cielo aprisionada
en una verde llama hacia la altura.

Y Adán tendió su mano enfebrecida,
hundió sus labios rojos en la pulpa
que en un blando crujido se entregaba.

Y todo fué dolor, ¡oh, Dios! La culpa
se fundió con el hombre y con su vida.
El ansia se colmó... Y Adán lloraba.

(Inéditos.)

EUGENIO DE NORA

RESPUESTAS MUY INCOMPLETAS

Estimado amigo:

Lo que usted me pide —unas palabras sobre mi modo de concebir y realizar la poesía— rebasa con mucho los límites de lo que ahora le puedo ofrecer. Sería para empezar y no terminar. Además algunos de los aspectos que debería tocar contradicen tan abiertamente opiniones establecidas y respetables, que me llevarían a una polémica quizá acre, y no tengo ganas de discutir. Finalmente, todo ello sería en último extremo un entretenimiento, ya que por mi propia concepción del tema, de la poesía, nada puede decirse que no tenga o un carácter histórico, concreto, referido a una u otra parte de la poesía hecha (limitadísimo por tanto, sin interés aquí), o un carácter de divagación insegura y llena de peros y generalidades logomáquicas.

A la primera parte de su pregunta tengo que responder que *no tengo ningún modo de concebir la poesía*. No tengo una concepción, tengo una experiencia de ella. No sé si me explico. Como dijo un militar célebre, "para mí no existen proyectos tácticos, sino situaciones tácticas

dadas". Yo veo y vivo la poesía *en concreto*, no en abstracciones pseudo-rationales y en el fondo hueras. "Experimento" la poesía en la Biblia y el Romancero, en Dante y en San Juan de la Cruz, en Quevedo y en Eluard, en Walt Whitman o en Juan Ramón Jiménez: he citado nombres al azar; quiero solamente sugerir con ellos la multiplicidad, la equivocidad del "concepto" de poesía. Aun entre contemporáneos, ¿qué es poesía, Byron o Keats, Rilke o Mayakowsky, Guillén o Neruda? Sin la menor duda, todo, todo a su modo, "más" o "menos", según el ángulo de visión. ¿Y en absoluto? No conozco ningún criterio de absoluto. Lo que más se le acerca es el tiempo, sucesivo, ondulante, contradictorio a veces...

¿Y si en vez de cargar el acento sobre "concebir" lo cargo sobre "mi modo"? Ah, entonces, por supuesto, tendría que hablarle de mí, de mi vida misma, de lo que he visto, del tiempo y de las cosas mucho más que de los libros. Valles y montes, arroyos y prados, el barro y el cielo de mi pequeña aldea nativa, la niñez todo configurando los sentidos maravillados... Y la ciudad luego, brusca y dura, y la guerra en seguida, metida por los ojos como a puñetazos, y toda la crudeza y miseria y grandeza de la realidad, junto a una nostalgia infinita, pero jamás del pasado, siempre de lo futuro y desconocido. Todo eso, que ha formado *mi* mundo, ¿puedo separarlo de la esencia de *mi* poesía, no sólo la escrita por mí, sino incluso la leída en otros...?

Tendría, pues, que hablar mucho de lo más cercano a todo eso; tendría que traer aquí acaso

mis emocionantes primeros "poemas". Empecé a escribir a los catorce años. Y he rasgado mucho, casi todo; acaso hice mal. Pues desde mi primera línea, con toda la torpeza expresiva y la ingenuidad que son de suponer, mis "versos", lo recuerdo bien, han sido *necesarios*, han brotado inevitablemente, con la misma fuerza persuasiva y terca de una semilla que rompe la tierra para surgir.

Sí, si algo puedo decir de genérico, *ese* es mi modo de concebir la poesía; algo "de palabra" pero *necesario*, algo que *brot*a igual que el hambre, la ternura o el grito. Y que (como estas cosas elementales buscan el alimento, la mujer o el prójimo), la poesía busca lo otro, los otros, el mundo humano.

Se discute mucho ahora sobre la "poesía social". Es ridículo. *Toda* poesía es social. La produce, o mejor dicho la escribe un hombre (que cuando es un gran poeta se apoya y alimenta en todo un pueblo), y va destinada a otros hombres (si el poeta es grande, a todo su pueblo, y aun a toda la humanidad). La poesía es "algo" tan inevitablemente social como el trabajo o la ley. Y entonces, ¿cómo no?, en principio, no ya para la mayoría, sino para todos, para todos sin excepción. (Recuerdo ahora la anécdota de Víctor Hugo: "¡La Mesopotamia, ah, la Humanidad!", que Ortega apostrofa con suficiencia e ironía diciendo que él, Ortega, nunca ha escrito para la Humanidad y la Mesopotamia. Tiene razón. Hay en efecto escritores de onda corta, con zonas o sectores en que se oyen, y otros sectores y zonas en que no. No es fácil que cuando

los mesopotamos aprendan a leer, se ejerciten en las obras de Ortega. Pero en Cervantes, en Shakespeare, en Víctor Hugo mismo, seguramente sí. No es lo mismo un escritor de un tiempo y un grupo social dado, que un poeta. El hombre sin distinciones sino en cuanto a hombre, es decir, la humanidad: ese es el destino de la poesía).

Creo, pues, que toda poesía es "humana", y "social" por consiguiente. Pero basta comparar un nombre de poeta a otro, abrir uno u otro libro, para ver que lo es más o menos a fondo, más o menos directa o indirectamente, con un grado u otro de plenitud. Y ocurre, también como hecho práctico, que cuanto más se ha preocupado o se preocupa un poeta por la "belleza", por la "forma", por la "poesía en sí", más suele apartarse de lo esencial humano, de la vida, individual y social. Por eso, además de la "perfección" relativa de cada poema en sí, hay una jerarquía de los temas poéticos y del esfuerzo al abordarlos. O si se quiere, y será más justo, *hay una jerarquía de personalidades poéticas*. Muy con reservas, y sin ánimo de trazar una línea que no existe (Aunque sí quienes caen de un lado o de otro de esa línea imaginaria), veo por una parte la maestría, la adecuación entre medios y fines (pero si el "fin" es mezquino, la maestría es fácil); y por otra la inspiración, el hallazgo, la proeza que es a veces citar un toro de poesía (aunque el poeta rueda por la arena). Y en esa posible confrontación entre "maestros" e "inspirados", ni que decir que preflero y encuentro incomparablemente más grandes y más poetas —más auténticos— a estos últimos.

¿Y el modo de realizar la poesía? Ahí está, es la obra misma; lo que no es texto y resultado, lo que precede y acompaña al escrito, es vida inexpresable, enmarañada y oscura para mí mismo. La "inspiración", para mí, es un hecho indudable: "puedo" escribir o no. Es algo independiente de la voluntad del momento, aunque no tan caprichoso y gratuito como parece; se debe a causas determinadas, y a la larga también la voluntad interviene. Desearía que la gente viera la actividad poética como un trabajo más, muy condicionado por la calidad del hombre en cuestión, pero en último extremo ni más ni menos respetable que otro trabajo cualquiera.

Mi realización, mi "obra" como dicen los finos, es por hoy muy modesta. No me expresa a mí siquiera, cuanto y más lo que yo quiero que llegue a expresar. Escasamente puedo tener en algunos momentos la pretensión de llegar al alma de los más. Y esto es fácil de justificar, aunque no tanto de explicar: nos educamos y vivimos en una cultura lánguida, apocada, medio muerta de desnutrición y asfixia. No pienso en España, sino en Europa entera. Para salir de este ambiente haría falta ser un bárbaro; yo no lo he sido lo suficiente. Nuestros maestros, los míos, han sido "poetas puros", versificadores de cuarto cerrado, de temas "asépticos" y de inmensa minoría. Poetas personalmente anacrónicos y socialmente nulos, que no encarnan ni representan a nadie. (Ni Federico es una excepción, contra las apariencias. Y Miguel Hernández, precipitado en la poesía española con la guerra misma, era una fuerza sin dominio que se

apagó antes de madurar). Lo otro... Se combinan palabras, y en los mejores casos se exhibe una personalidad individualísima e intelectualizada. Sin duda yo he admirado profundamente, y admiro, y debo mucho, a Machado y Unamuno, a Juan Ramón, a todo el grupo que cronológicamente abre Salinas y cierra Luis Cernuda, y me he formado en la amistad y la camaradería generosa de algunos de ellos, Dámaso y Aleixandre ante todo, y estos mismos lazos se funden en verdadera fraternidad con amigos aún más cercanos, desde Leopoldo Panero a los más jóvenes que yo... por eso mismo: todos (o los más conscientes) sabemos, como en el poema de Dámaso, que vamos en el mismo tren, pero que ese tren no lleva a ningún sitio. Hay algo, fuera de la voluntad, fuera de los temas, fuera de la intención, que fatalmente nos limita.

En cuanto a la técnica... para qué hablar de cosas aburridas. No tengo preferencia alguna, dogmática ni práctica, entre el verso libre o nuevo y el clásico tradicional: cada poema tiene su secreto, su estructura y su ley. Creo que la poesía no debe ser muy "brillante"; al menos yo busco la concisión: creo que la riqueza debe estar en el poeta, disponible para encontrar la palabra, la imagen, el recurso justo y necesario, único en cada verso; en ningún caso debe exhibirse para "deslumbrar" al lector. Insisto: no veo la poesía como un lujo, sino como un trabajo, como una obra necesaria.

Los poetas de hoy, como casi todo el mundo, están o estamos a la defensiva. Parecen sentirse desarraigados, marginales, inútiles, con la timi-

dez del que va a contar o cantar "un caso" —el suyo—, y siente que su caso no interesa. Hemos de cambiar de actitud, es decir, hemos de cambiar de vida. Hay que salir de los cuartos cerrados, de los ambientes de estufa, del aire malsano y mezquino de la "gente de letras". Tomar contacto y confundirse, identificarse con lo que está más lejos de nosotros, y con lo que está muy cerca, que a veces ignoramos aun más. ¿Hará falta recordar qué hicieron los más grandes? Pensemos, sólo hay que abrir un libro realmente clásico, para ver dónde está la dimensión que nos falta. Donde haya vida al desnudo, pasión o entusiasmo, creación y lucha, allí hemos de estar los poetas, viviendo y cantando, en las mismas raíces temblorosas de la esperanza, que es la sustancia del hombre. "Ansiedad, angustia y desesperación", como dice un cuplé, han sido y están siendo la tónica de casi todo lo que se escribe. Basta ya. Hay que lanzarse con alegría, y el que no la tenga que se calle, a una gran ofensiva poética contra todo eso. Debemos *y podemos* tener aquel viejo buen empuje de los poetas renacientes y de los primeros románticos. Ahí está la vida; el que tenga cabeza clara y corazón grande, comprenderá y sentirá más: y cantará mejor.

Creo en el poder de la poesía, en su actualidad, en su oportunidad constante, porque creo que *escribir es obrar*. Nuestro terreno no es el de las distracciones: la radio, el cine, la televisión y lo que venga, jamás suplantará el dominio nuestro, el dominio de la palabra. Y en cuanto esas distracciones pueden no ser instrumento

de atontamiento, ¿por qué no buscarlas y conquistarlas también nosotros, los poetas? ¡Y no digamos el teatro! Si una época de dispersión y descomposición acaba, y empieza otra que tiende a edificar y ordenar, las viejas y las nuevas formas de expresión, los antiguos y los modernos medios de difusión y comunión de ideas y sentimientos, deben ser campo abierto, campo de lucha y de triunfo para la poesía.

Aplaudo, pues, con entusiasmo, amigo mío, en principio y sin saber nada más, su iniciativa de "plebiscito poético". Es un intento que responde perfectamente a lo que debería ser la vida de la poesía, no en revistillas y librillos de anémicas minorías, no en escandalosas ediciones de lujo para enseñar, sino objeto de interés y de confrontación para grandes sectores. Poco habrá usted podido hacer, pues su encuesta apenas habrá salido de entre literatos, pero algo es algo; ojalá el libro llegue mucho más allá.

Y acabo. Con lo implicado y supuesto, más que con lo dicho, comprenderá que mi visión y posición ante y en la poesía, son más bien raras. (¿O no?: me gustaría ver qué dicen mis compañeros de selección, y qué alegría si coincidiéramos...) Son raras y exceden a lo que suele tenerse por "relativo y concerniente" a la poesía, a la poesía lírica, ese "género" bien determinado especial. Yo, en efecto, me siento el poeta menos "especialista en poesía" que cabe imaginar. Sé bien la diferencia entre la poesía en sentido estricto y los otros "géneros literarios"; sé mucho más lo que hay del dicho al hecho, aunque piense que escribir es también obrar. Pero cuan-

do digo eso, cuando hablo de airear o invadir campos "ajenos", de hundir raíces en los hombres todos para tomar y devolverles energía y esperanza, y (otra vez como Santa Teresa y Machado, pero qué de otro otro —ni místico ni bergsonianos—) sumergirse "en las mismas vivas aguas" de la vida, cuando pienso todo eso, sé bien la gran verdad que contiene.

Espero que estas pocas líneas precipitadas, ayuden con todo a usted en su labor de antologista, y a más de un lector quizá a comprender el sentido y orientación de mis versos. Con ello me daré por satisfecho.

ULTIMO SUEÑO

AQUÍ hubo un hombre. Aquí, sobre este borde mismo,

yo vi su chorro erguido crear, caer de pronto.

En esta misma esquina del tiempo estaba, estuvo.

Pero aquí ya no hay nadie. El silencio y mi llanto.

Yo miré con fijeza los ojos que aun brillaban

en el borde. Y me dieron su secreto de pronto.

Despertaba, aquel hombre. Había dormido mucho,

en un profundo ensueño semejante a la vida.

Lo recordaba todo como un largo viaje:

había tibios valles, grandes y frías lunas,

o estrellas perfumadas de azahares y almendros;

y agua entre guijas, dulce, donde posar los labios.

Otras veces el viento se ceñía con ansia

sorbiendo tristes hojas amarillas; la lluvia

que desnuda y empapa lo viviente, caía.
Mas la belleza hiere, deja el dolor, y huye.

Y los hombres... Pasaban, más veloces que el mundo.

Cruzaban sin mirarse. Corrían de prisa, ciegos, brutalmente asediados por fábricas, o barcos, o un olor repentino a dura hembra mojada.

¡Cómo tus tristes muros, soledad, levantaste!
Sólo antes, cuando el niño fué pétalo en la aurora,
oh fuente del ser, clara, la madre remotísima
dió amor, beso que aun dura, separación aún viva.

Sólo alguna vez, luego, fugaces, unos ojos
que dulcemente hicieran recordar los primeros.
...¡Oh triste, triste sueño! La soledad por siempre,
y ahora que ya despierto, que como niebla olvidado...

Porque todo fué sueño, porque despierto y miro
la luz, la luz. He sido. ¡Porque ya nada quiero!
Porque hace tres mil años que tú me acaribiabas,
¡mimosa, honda, vacía!, para que me despierte...

Como dormidos viven los hombres. No lo saben.
¡Yo acuso, yo golpeo, yo clamo! Aquí fué un hombre.

Antes de tres mil años otro vendrá: ¡miradle!
Mirad. Este es el borde. Nadie responde aquí.

(De *Cantos al destino*.)

LO QUE YO PIENSO SOBRE ELLO

A José María Valverde

Como suele decirse: "El incidente ha
terminado".

La canoa del amor se ha roto
contra los escollos de la vida corriente.

Vladimir Mayakowsky

¡CIRCULEN! ¡Nadie mire!

Los pitidos caían
sobre la indócil plebe, y el chasquido, el mandato,
la arrastraban al orden con nudos corredizos,
como en la pampa los caballos.

¡Paso!

Una sirena huyó, silbante,
corriendo con un muerto camino de la muerte.
¡Ya no vive, ya queda, ya es morada, la sangre!

¡Circulen!

Van tacones, llantas veloces, trajes,

Yo, con los ojos fijos en el suelo piadoso,
iba ascendiendo escalas por la sangre sin dueño.

III

Seguí calles y calles. Paseaba
la muerte y sus vestigios.
Salían gentes del trabajo. Era de noche.
Encontré a dos viejos amigos.
—¡Celebremos
la amistad, compañeros!
Largamente bebimos
vino y tiempo de infancia.
Y del brazo, en la plaza,
nos enteramos de lo sucedido.

IV

Con un solo disparo se eliminan los muertos.
Pasa todos los días, y no en secreto.
Pero esta sangre es de un hombre vivo
que luchó con la muerte, y fué vencido.
Y es por amor, poetas, que hizo eso,
por un amor sin figura ni cuerpo.
Sabía que morir no es mejorar de sitio,
pero aceptó ser puente en un camino.
Así, soltando las anclas del Tiempo
hacia el futuro, ha sido muerto.

Sí; la canoa del amor se ha roto.
 ¿Qué edificar con astillas de odio?

V

Pero aquel incidente nunca habrá concluido.
 ¡Sabedlo bien, hombres de los anillos!
 ¡Nadie está libre de la sangre que ha vertido!
 Podemos todos circular, podemos
 escupir, o callar, o remedar suspiros.
 ¡Podéis clavar las puertas, las ventanas del cielo,
 cuando pidiendo un rifle pase descalzo un niño!
 ¡Todo ha de ser inútil!

¡Aspiraréis la muerte
 del fondo de la tierra; subirá, como un ruido
 tiñendo las paredes y los libros!
 ¡No hay escape!

(En verdad,
 todo está escrito.)

¡Bienaventurados los puros de corazón, que cum-
 plen el mandato;
 pero ay de los malditos,
 de los que están en deuda con cuerpos enterrados,
 de los que desnivelan la muerte con la muerte,
 y creen que el incidente ha terminado!

(De *Contemplación del tiempo*.)

CANTO

¡MEDIODIA terrestre!
 He visto catedrales;

He visto derruidos castillos de setiembre;
cadenas casi rotas trepando entre rosales,
y niños con fusiles...

¡Mediodía celeste!

España, España, España.

Dos mil años de historia no acabaron de hacerte.
¡Cómo no amar, sufriendo, tu perdido pasado,
y amar, con ira y odio, el perdido presente!

Yo no canto la historia que bosteza en los libros,
ni la gloria que arrastran esas sombras de muerte.
¡España está en nosotros! Y su estrella sonora
en la dura oleada de la vida que viene.

En mi sangre crepitan tus hazañas de sangre,
y en mis ojos dominan tus labriegos y reyes;
pero por sobre todo tu futuro es quien manda
y crepita y combate en mi sexo y mis sienes.

Con los muertos gloriosos estaremos un día,
fermentando la tierra y bebiendo la nieve.
Con los vivos, ahora, con el sueño en las manos
que luchan, con los fuertes y fieramente alegres.

¡La salud de las flores, el vigor de los árboles,
la ira dulce del mar y el rumor de las fuentes,
están con los que avanzan, combatiendo y can-
tando,
como nosotros todos: hasta que Dios despierte!

Yo no digo las ruinas, ni el colérico odio,
aunque ira y odio y ruina de España me penetren.

En mi alma está el derrumbe de una patria
humeante,
pero arriba una estrella puramente amanece.

¡Violadores del Tiempo: la patria no está hecha!
¿Quién traicionará el signo de engendrar del
del presente
un futuro más bello?

¡Ardiente, clara España!:
Tu ancha vida en tus hombres. Tu libertad por
siempre.

PUEBLOS DE LA MESETA

CUANTAS veces, en largos viajes fríos
en renovadas permanencias monótonas,
he mirado, y mirado en silencio,
y escuchado, hasta el fondo,
sólo por verte, tierra. Por aprender acaso
algo de tu mudez, de tu forma tendida,
España, madre atónita, fe nuestra.

Aquí tengo, en el alma más mía
tu tierra húmeda y fresca amaneciendo,
el oleaje de tus montes grises,
la ternura sedienta humilde, áspera
de tus caminos para andar.
Tu variedad, con rostros
de hermosura diversa y predominio amargo.

Entre todo lo tuyo, ¿qué retener ahora
con más inconsolable esperanza y pureza?

En el dolor, algo en el corazón responde,
y hacia un lugar me orienta, golpeando como
nieve.

¡Ay!, abatido entre el hierro y el aire,
yo miro.

¿Dónde, cómo?

Y veo mis pueblos, veo
sus diminutas chozas agrupadas
bajo el humo inicial del día, leve,
leve, después del sueño, cuando amanece. Formas
primarias, empotradas en tierra,
y donde emerge sólo

la altivez miserable de una torre raída:
vida no sé si humana, seca, pobre,
y regresada a la naturaleza. Pueblos
con su olor campesino, sudoroso, a patatas,
en un aire familiar e inmediato.

¡Pueblos!: la tierra humea en sus pliegues po-
blados,

y parece el final de una catástrofe;
son ruinas polvorientas por los días,
por años de exterminio civil, por siglos huecos.
Aquí los hombres, hijos, retroceden; no obstante
¡tan virilmente tristes!

con algo roto, doloroso o perdido;
y la mujeres paren; no hay sonrisa ni cántico
en la tierra sin agua.

Así te miro, patria,
pero no sé si lloras. Igual,
lo acepto todo.

Tengo también esa condición dura
de vivirte, hombre tuyo, sin queja y con desprecio.

Grave es quererte. Pero
 tú existes, y tenemos
 oh, tenemos tu amor de mediodía;
 tenemos
 la voluntad, tupida como piedra
 del odio; tenemos la esperanza
 movilizada, yo no sé, hacía poco,
 solamente hacía días
 lo justo nuestros, lo justo
 solamente, sencillamente humanos.

¡Nadie rece su llanto!
 ¡Nadie gima su cruz contra el muro!
 aun sobre la tristeza soñolienta y esclava
 hay la gana desnuda,
 la gana hasta la sangre, de vivir combatiendo,
 la necesidad grave, vegetal, de una hirviente
 pasión de muerte, o vida,
 ...la alegría.

POESIA AQUI

MEDITO a veces
 en la triste materia de mi canto.

Bien sé que hay muchos, soñadores,
 (como yo rodeados de desgracia y caminos)
 pero entre nubes blancas, con sus ángeles
 abanicando tímidas
 alas prerrafaelistas, lejos:
 y quizá en el estío
 cultivar la nostalgia de la lira imposible,

decorar las palabras, sumisas como rombos
de plaza pobre en farolillos
de verbena y papel colorado...

Oh Dios, cómo desamo,
cómo escupo y desprecio
a esos cobardes, envenenadores,
vendedores de sueños, mientras ponen
seda sobre la lepra, ilusión sobre engaño, iris
donde no hay más que seca piedra.
Esclavos; menos
aún, bufones de esclavos.

Malditos una y siete veces,
en nombre de la vida, aunque juren que au-
mentan

la belleza del mundo: en verdad
la belleza del mundo no precisa
ser aumentada ni disminuída
con sus telas.

Lo que necesitamos
es una luz, es un desnudo brazo
que señale las cosas. Porque belleza es eso:
gesto, mirada, abrazo
de amor a la verdad profunda.
Ay, ay, lo que yo canto
miradlo en torno y despertad: alerta.

Ahí están, reunidos
en sociedad devoratoria y número.
(Llamad bestia asesina
al que, como el pesado
elefante del rey,
baja la pata para estrujar el rostro

que niega; ladrón vil
 al emplumado grajo de cadáver;
 canalla al miserable...
 acaso sepa a música
 derrotada, a lamento
 débil. A lo que no queremos.)
 Pero nombrar no es sueño.

No seguéis las palabras.
 Contra ellos,
 yo canto hombres que tienen
 las caras como torsos
 con látigo: sonríen
 al dolor, pero miran
 el sol, y aprietan
 los firmes dientes.

Y ya acabo.

(Esto no es un poema; son palabras
 apretadas también, con saña.) Adiós. Es tiempo
 de no plantar rosales. Acordaos.

OTOÑO

¡TENAZ maraña! ¡Símbolos! ¡Resonancias
 opacas!

Los frutos ya podridos del tiempo que decae
 nos cercan y sepultan. Es otoño.

Aquí estamos, batida
 la bandera celeste del amor por un viento

de ceniza y desánimo.
 No sabemos quién somos; no sabemos
 a dónde hemos llegado. ¡Muerte lenta
 del hundido en la nieve! ¿Con nosotros
 se apagará el mensaje?... Pero, ¿cuál?
 Y ¿a quién iba?

Es hermoso que el héroe
 llegue a la cima, y vea
 de Galaad hasta Soar, la tierra
 florecida, y el pueblo
 la vea también, y aun El que Es declare:
 "Sacia tus ojos, aunque nunca llegues".

...Nosotros no tenemos
 fin, ni promesa, ni quizá quien siga
 nuestras pisadas, hasta hacer camino.
 Sólo, como el que siente
 amanecer creímos poder daros,
 nuncio del hombre nuevo,
 unas pocas palabras que dijeran
 lo indecible, a rechazos:
 "Eso *no* somos, eso *no* queremos..."
 y así seguir.

Pero ¿seguir, a dónde,
 negando sólo?...

¡Desolado otoño,
 eco glacial!

¿Negar?

¡Y entre lo dicho
 y quien nos oye hay ruina y tiempo hueco,

y muerte, y sobremuerte, y tantos mares,
y el silencio, y el ruido de las armas...!

(De *España, pasión de Vida*, inédito.)

CARMEN DEL EXTASIS

DISTRAIDA del mundo; más, lejana
como un vuelo de pájaros, tú existes
donde el silencio empieza, donde el alma.

Donde las avenidas, misteriosas
de árboles altos y de sombra extraña
nos llevan a la pena más hermosa;
donde la noche llora, constelada,
frente a sí misma, porque todo es poco,
porque los mundos brillan en la nada
como nosotros; donde la belleza
suspende el tiempo; donde canta
mi voz más sola; en mi reducto último,
allí estás tú, silencio, alma.

Alzas los ojos; tienes la cabeza
de una imposible luz aureolada;
quieres, querrías pero no te sientes,
porque eres sólo noche, noche clara.

¡Ah, dame ese silencio, rompe
esta belleza que nos mata!

Y en tu infinita noche, álcese
un viento dulce, despertando ramas...

SENTIDO DE LA GRACIA

¡OH Dios, si Tú me oyes, gracias por esta vida
que te niega y te quiere —como la helada noche
tiene en la sima oscura su rescoldo estrellado—!
Negación es tu nombre.

Más allá de las cosas,
¿qué hallar? ¿Quién, sobre el borde
precioso de unos labios, entre la hierba tibia
que se afila en ternura, frente a los claros ojos
que miran, quién, qué voz pedirá más?

Y mira:
Nosotros te anhelamos.

Como la tierra lleva
los veneros del agua, o las hojas que guardan
algún temblor sonoro, hay algo en nuestra sangre,
que te busca.

Florece los días, y las rosas,
y pasan.

Y algo quiere, dentro de nuestra vida,
hurtarse a la corriente de ese tiempo sin cima.

Decimos: “¡Señor, gracias!”, y sentimos: “esta
hora,
este ser, esta dicha, *deben* durar”.

¿Nos oyes?

¿Fundamos los cimientos, en Ti, de nuestra casa,
o despertamos, sólo, lenta vida futura...?

EL AMOR QUE LUCHA

HACIA días hermosos voy contigo, llevado
por tus ojos desnudos, por tu voz sin palabras.
(Ojos hondos que guardan las auroras del mundo,
tibia voz de caricia penetrada y callada...)

Se abren lentas las puertas del ensueño lejano...
Ya estamos en el tiempo que quizá no tuvimos;
somos ya de la infancia que la tierra florece...
La esperanza indefensa da fe del paraíso.

No huímos: ¡hacia adentro! Hemos vuelto a la
vida.

Sólo ser; sólo, siempre, penetrar en el alma.
Y sentir que palpita, desolada y remota,
en el mundo en tinieblas una estrella que ama.

...Mas quien vive en ti, odia, catedral de men-
digos...

El amor rompe a tajos las murallas del miedo,
endurecido en ira desprecia, sobrepasa
al ser feliz, combate, quiere acercar su reino.

(Si el amor más precioso terminara en sí mismo,
¡oh qué joya de escarnio frente a aquellos que
sufren!;

E U G E N I O D E N O R A

pero cuando volvamos de la dicha sin tiempo,
hay un luchador grave en cada amante dulce.)

(De *Siempre*.)

(Inédito.)

BLAS DE OTERO

...en esencia de valores y su esencia de
verdades fundamentales que un sistema y cinco por
ciento de agudeza y de datos no sirve ya para
nada.

Crisis en la poesía social, a condición de que
el poeta (el hombre) siga estando ligado con la
misma realidad y la misma historia que los
tradicionales.

Y ASI QUISIERA LA OBRA

...Bien sabemos lo difícil que es hacerse oír
de la mayoría. También aquí son muchos los
llamados y pocos los escogidos. Pero comenzad
por llamarlos, que seguramente la causa de tal
desatención está más en la voz que en el oído.

* * *

...Tal vez hoy como nunca es necesaria una
poesía "de acuerdo con el mundo". Pero, quede
bien entendido: sin admitir nada negativo ni
desorientado. (Es preciso decirlo, aun contra
nuestra propia obra pasada.) En este sentido,
nos inclinamos a lo clásico: llamo aquí román-
tico a lo negativo, y a lo positivo, clásico.

...Crisis, con exclusividad, en el momento
de la creación por consecuencia, por eliminación.

Tarea para hoy: demostrar hermandad con
la tragedia viva, y luego, lo antes posible, in-
tentarla superarla. Naturalmente, ésto es lo más
difícil. No hay creador capaz de levantar unas
ruinas si no dispone de un ideal positivo; si pri-
mero él no ha forjado —cual un futuro ya pre-

sente— su escala de valores y su escuela de verdades. Pensamos que un setenta y cinco por ciento de aquéllas y de éstos no sirve ya para nada.

* * *

Creo en la poesía social, a condición de que el poeta (el hombre) sienta estos temas con la misma sinceridad y la misma fuerza que los tradicionales.

¿Realismo? Al fin y al cabo, todo el arte ha de ir realizándolo el hombre con sus manos. Fijarse bien: *real-izándolo*.

* * *

La poesía como sucedáneo de la vida, no nos interesa en absoluto, sí como añadidura. Claro que esto lo dicen todos. Igual que “¡Señor, Señor!”

Corrijo, casi exclusivamente, en el momento de la creación: por *contención*, por *eliminación*, por *búsqueda* y por *espera*.

Hay que escribir a favor del viento, pero contra corriente.

LUEGO

CUANDO te vi, oh cuerpo en flor desnudo,
creí ya verle a Dios en carne viva.
No sé qué luz, de dentro, de quién, iba
naciendo, iba envolviendo tu desnudo

amoroso, oh aire, oh mar desnudo.
Una brisa vibrante, fugitiva,
ibas fluyendo, un agua compasiva,
tierna, tomada entre un frondor desnudo.

Te veía, sentía y te bebía,
solo, sediento, con palpar de ciego,
hambriento, sí, ¿de quién? De Dios sería.

Hambre mortal de Dios, hambriento hasta
la saciedad, bebiendo sed, y, luego,
sintiendo, ¡por qué, oh Dios!, que eso no basta.

IGUAL QUE VOSOTROS

DESESPERADAMENTE busco y busco
un algo, qué sé yo qué, misterioso,

capaz de comprender esta agonía
que me hiela, no sé con qué, los ojos.

Desesperadamente, despertando
sombras que yacen, muertos que conozco,
simas de sueño, busco y busco un algo,
qué sé yo dónde, si supiéseis cómo.

A veces me figuro que ya siento,
qué sé yo qué, que lo alzo ya y lo toco,
que tiene corazón y que está vivo,
no sé en qué sangre o red, como un pez rojo.

Desesperadamente, le retengo,
cierro el puño, apretando el aire sólo...
Desesperadamente, sigo y sigo
buscando, sin saber por qué, en lo hondo.

He levantado piedras frías, faldas
tibias, rosas, azules, de otros tonos,
y allí no había más que sombra y miedo,
no sé de qué, y un hueco silencioso.

Alcé la frente al cielo: lo miré
y me quedé, ¿por qué, oh Dios?, dudoso:
dudando entre quién sabe, si supiera
qué sé yo qué, de nada ya y de todo.

Desesperadamente, esa es la cosa.
Cada vez más sin causa y más absorto

qué sé yo en qué, sin qué, oh Dios, buscando
lo mismo, igual, oh hombres, que vosotros.

VIVO Y MORTAL

Sé que hay estrellas, luminosos mares
de fuego, inhabitados paraísos,
cadenas de planetas, cielos lisos,
montañas que se yerguen como altares.

Sé que el mundo, la Tierra que yo piso,
tiene vida, la misma que me hace.
Pero sé que se muere si se nace,
y se nace, ¿por qué?, ¿por quién que quiso?

Nadie quiso nacer. Ni nadie quiere
morir. ¿Por qué matar lo que prefiere
vivir? ¿Por qué nacer lo que se ignora?

Solo está el hombre. El mundo, inmenso, gira.
Sobre su gozne virginal, suspira
lo que, vivo y mortal, el hombre llora.

HOMBRE EN DESGRACIA

ME cogiera las manos en la puerta del ansia,
sin remedio me uniesen para siempre a lo solo,
me sacara de dentro mi corazón, yo mismo
lo pusiese despacio, delante de los ojos...

O si hablase a la noche con el labio enfundado
y detrás de la nuca me tocasen de pronto
unas manos no humanas, hasta hacerme de nieve,
una nieve que el aire aventase, hecha polvo...

Soy un hombre sin brazos, y sin cejas, y acaso
una sábana extiende su palor sobre el hombro;
voy y vengo en silencio por la haz de la tierra,
tengo miedo de Dios, de los hombres me escondo.

Doy señales de vida con pedazos de muerte
que mastico en la boca, como un hielo sonoro;
voy y vengo en silencio por las sendas del sueño,
mientras baten las aguas y dan golpes los olmos...

¿Hasta cuándo este cáliz en las manos crispadas
y este denso silencio que se arrolla a los codos;
hasta cuándo esta sima y su silbo de víboras
que rubrican el vértigo de ser hombre hasta el
fondo?

¿Hasta cuándo la carne cabalgando en el alma:
hasta heñirla en las sombras, hasta caer del todo?
Oh, debajo del hambre Dios bramea y me llama,
acaso como un muerto —dios de cal— llama a
otro.

SALMO POR EL HOMBRE

SALVA al hombre, Señor, en esta hora
horrorosa, de trágico destino;

no sabe adónde va, de dónde vino
tanto dolor, que en sauce roto llora.

Ponlo de pie, Señor, clava tu aurora
en su costado, y sepa que es divino
despojo, polvo errante en el camino:
mas que tu luz lo inmortaliza y dora.

Mira, Señor, que tanto llanto, arriba,
en pleamar, oleando a la deriva,
amenaza cubrirnos con la Nada.

¡Ponnos, Señor, encima de la muerte!
¡Agiganta, sostén, nuestra mirada
para que aprenda, desde ahora, a verte!

SERENA VERDAD

HAY un momento, un rayo en rabia viva,
entre abismos del ser que se desgarran,
en que Dios se hace amor, y el cuerpo siente
su delicada mano como un peso.

Hemos sufrido ya tanto silencio,
hemos buscado, a tientas, tanto; estamos
tan cubiertos de horror y de vacío,
que, entre la sombra, Su presencia quema.

Grandes dolores, con su hambre inmensa,
nos comieron las ansias; mas ninguno

es como tú, dolor de Dios: león
del hombre; hambre inmortal; sed siempre en vilo.

Pero, de pronto, en un desmayo íntimo,
en un instante interno, eternizado,
nace el amor, irrumpe, nos levanta,
nos arroja en el cielo, como un mar.

Somos pasto de luz. Llama que va
vibrando, en el vaivén de un viento inmenso;
viento que sube, arrebatadamente,
entre frondas de amor que se desgarran

.....

Y este río que pasa siempre y nunca,
y esta selva ignorada que me acoge
son, sobre abismos milagrosos, sueños
de Dios: eternidad que fluye y queda.

Busqué y busqué. Mis manos sangran niebla,
tropezaron en llambrias y galayos,
se me abrieron, llagaron de infinito,
pero todo fué en vano: Te evadiste.

Llegué a odiar tu presencia. Odiemos, dije,
al Inasible. ¡Ah, sí! Pero el suplicio
se hizo mayor. Mi sed ardía sola.
Como una ola, me anegaste tú.

Y fui llama en furor. Pasto de luz,
viento de amor que, arrebatadamente,
arrancaba las frondas y las iba
subiendo, sí, subiendo hasta tu cielo.

Allí, mecidas, en vaivén de céfiro,
 en finísima luz y aguas de oro,
 gozan la paz, parece que te miran,
 oh serena Verdad, con mis dos ojos...

FINAL

PUEDE ser que estemos ya al cabo de la calle.
 Que esto precisamente fuese el fin
 o el cabo de la calle.
 Puede suceder que aquí precisamente
 se acabe el cabo
 de la calle.

Puede ser que estemos ahora llegando,
 que hayamos estado aquí antes,
 y todo puede ser,
 y puede ser que no sea esta calle.

Nadie.

¿Es que no hay nadie, es que aquí no ha quedado
 alguien?

Puede ser que esto sea una sombra,
 eso unos árboles,
 y todo lo demás
 y todo lo demás puede ser

aire,
 castillos en el aire.

Alcanzadme la mano, ay, alcanzádmela
la mano.

Madre.

Puede ser que mi calle esté más arriba,
sobre los ángeles.

(De *Angel fieramente humano.*)

TIERRA

"Quia non conclusit ostis ventris."

Job III, 10.

HUMANAMENTE hablando, es un suplicio
ser hombre y soportarlo hasta las heces,
saber que somos luz, y sufrir frío,
humanamente esclavos de la muerte.

Detrás del hombre viene dando gritos
el abismo, delante abre sus hélices
el vértigo, y ahogándose en sí mismo,
en medio de los dos, el miedo crece.

Humanamente hablando, es lo que digo,
no hay forma de morir que no se hiele.
La sombra es brava y vivo es el cuchillo.
Qué hacer, hombre de Dios, sino caerte,

Humanamente en tierra, es lo que elijo.
Caerme, horriblemente, para siempre.

Caerme, o, de elegir, no haber nacido
humanamente nunca en ningún vientre.

MUDOS

"...en alto silencio sepultados".

Rodrigo Caro.

DE tanto hablarle a Dios, se ha vuelto mudo
mi corazón. Con gritos sobrehumanos
le llamé; ahora le hablo con las manos,
como atándome a Él... Solo y desnudo,

clamoreando amor, tiendo, sacudo
los brazos bajo el sol: signos lejanos
que nadie —el sordo mar, los vientos vanos—
descifra... ¡Ah, nadie nunca anclarme pudo

al cielo! Mudo soy, pero mis brazos
me alzan, vivo, hacia Dios. Y si no entiende
mi voz, tendrá que oír mis manotazos.

Abro y cierro mi cruz. El aire extiende
—como rayos al bies— mis ramalazos.
Ácida espuma de mi labio pende...

GRITANDO NO MORIR

¡QUIERO vivir, vivir, vivir! La llama
de mi cuerpo, furiosa y obstinada,

salte, Señor, contra tu cielo, airada
pluma de luz. En el costado brama

la sangre, y por las venas se derrama
como un viento de mar o de enramada:
tras tu llamada se hace llamarada,
oh, Dios, y el pecho, desolado, clama.

Vivir. Saber que soy piedra encendida,
tierra de Dios, sombra fatal ardida,
cantil, con un abismo y otro, en medio:

y yo de pie, tenaz, brazos abiertos,
gritando no morir. Porque los muertos
se mueren, se acabó, ya no hay remedio.

A PUNTO DE CAER

NADA es tan necesario al hombre como un trozo
de mar

y un margen de esperanza más allá de la muerte,
es todo lo que necesito, y acaso un par de alas
abiertas en el capítulo primero de la carne.

No sé cómo decirlo, con qué cara
cambiarme por un ángel de los de antes de la
tierra,
se me han roto los brazos de tanto darles cuerda,

decidme qué haré ahora, decidme qué hora es y
 si aún hay tiempo,
 es preciso que suba a cambiarme, que me arre-
 pienta sin perder una lágrima,
 una sólo, una lágrima huérfana,
 por favor, decidme qué hora es la de las lágrimas,
 sobre todo la de las lágrimas sin más ni más
 que llanto
 y llanto todavía y para siempre.

Nada es tan necesario al hombre como un par de
 lágrimas
 a punto de caer en la desesperación.

DIGO VIVIR

PORQUE vivir se ha puesto al rojo vivo.
 Siempre la sangre, oh Dios, fué colorada.
 Digo vivir, vivir como si nada
 hubiese de quedar de lo que escribo.

Porque escribir es viento fugitivo,
 y publicar, columna arrinconada.
 Digo vivir, vivir a pulso, airada-
 mente morir, citar desde el estribo.

Vuelvo a la vida con mi muerte al hombro,
 abominando cuanto he escrito: escombros
 del hombre aquel que fui cuando callaba.

Ahora vuelvo a mi ser, torno a mi obra
 más inmortal: aquella fiesta brava
 del vivir y el morir. Lo demás sobra.

(De *Redoble de conciencia*.)

A LA INMENSA MAYORIA

AQUI tenéis, en canto y alma, al hombre
 aquel que amó, vivió, murió por dentro
 y un buen día bajó a la calle: entonces
 comprendió: y rompió todos sus versos.

Así es, así fué. Salió una noche
 echando espuma por los ojos, ebrio
 de amor, huyendo sin saber adónde:
 a donde el aire no apestase a muerto.

Tiendas de paz, brizados pabellones,
 eran sus brazos, como llama al viento;
 olas de sangre contra el pecho, enormes
 olas de odio. Oh ved, por todo el cuerpo.

¡Aquí! ¡Llegad! ¡Ay! Angeles atroces
 en vuelo horizontal cruzan el cielo;
 horribles peces de metal recorren
 las espaldas del mar, de puerto a puerto.

Yo doy todos mis versos por un hombre
 en paz. Aquí tenéis, en carne y hueso,

mi última voluntad, Bilbao a once
de Abril, cincuenta y uno.

Blas de Otero.

JUICIO FINAL

YO, pecador, artista del pecado,
comido por el ansia hasta los tuétanos,
yo, tropel de esperanzas y fracasos,
estatua del dolor, firma del viento.

Yo, pecador, en fin, desesperado
de Dios y de mí mismo: me confieso
que soy un hombre en situación de hablaros
de la vida. Pequé. No me arrepiento.

Nací para narrar con estos labios
que barrerá la muerte un día de estos,
espléndidas caídas en picado
del bello avión aquel de carne y hueso.

Alas arriba disparó los brazos,
alardeando de tan alto invento;
plumas de níquel: escribid despacio.
Helas aquí, hincadas en el suelo.

Este es mi sitio. Mi terreno. Campo
de aterrizaje de mis ansias. Cielo
al revés. Es mi sitio y no lo cambio
por ninguno. Caí. No me arrepiento.

ímpetus nuevos nacerán, más altos.
Llegaré por mis pies —¿para qué os quiero?—
a la patria del hombre: al cielo raso
de sombras esas y de sueños esos.

OTRO TIEMPO

A las puertas del mundo.

Estoy llamando al día con las manos mojadas,
a las puertas del mundo, mientras crece la sangre.

Yo soy un hombre literalmente amado
por todas las desgracias, mirad si seré un hombre.
Un español de arriba de los ríos,
Guadalquivir y el Ebro me guardan las espaldas.

A las puertas del mundo estoy llamando,
mientras la sangre avanza.

Subo a la torre, alrededor del día
riego las rosas de los muertos, planto
palmas de menta, qué más da, al desgaire.
Dejo la juncia, los geiseres junto,
esgrimo las más verdes esmeraldas.

Doy con los labios en la aurora, llamo
a las puertas del mundo dando besos,
salto a las torres del futuro blancas,
mezo otras brisas, otros temas rozo.

B L A S D E O T E R O

Tengo la dicha
de ser hombre y de sentirme unido
a todos.

(Inéditos en libro.)

JOSE MARIA PALACIOS

JOSE MARIA VALVERDE

POETICA Y METAFISICA

Ante todo, creo que una obra poética no debe responder fielmente a la teoría de su poeta. Eso no obstante, suele ser muy conveniente —al propio tiempo que peligroso— que cada poeta tenga su poética, porque el arte no vive sin la pura intuición de la forma en sí misma, sin el regodeo de la realización y de los problemas resueltos, de “las manos en la masa”. Y aunque no exclusivamente, la poesía es arte, hecho éste que anda ahora un tanto oscurecido —valga mi presente “confiteor” por la parte de responsabilidad que me toque— en un clima de contenidos a palo seco, de alaridos entrañables, de metafisicismos más o menos existencialistas.

Pero no de metafísica en el buen sentido, en el sentido futuro de que habla Heidegger, fuera ya de una técnica y una disciplina cultural precisa, como el estrato último de concepciones y creencias constitutivas, tal vez expresado en diversos géneros literarios. Como dijo mi inagotable maestro Antonio Machado, todo poeta tiene su metafísica para andar por casa, “y la posibilidad

de expresarla aparte, en prosa, le distingue del mero señorito que hace versos”.

Después de esto, difícil sería que yo expusiera ahora una poética o una metafísica que pudieran ser tomadas en serio. Querría decir algo muy elemental y genérico; algo sobre el oficio de poeta. Por ejemplo, que la poesía debe echar luz por encima de las cosas, pero no explicarlas, no resolverlas. Que la poesía debe dar voz a los anhelos perennes del corazón del hombre, pero que no es quién para aclarar sus vías de resolución, que es todo y es nada; que nos pone delante el ser sin hacérselo poseer en lo más mínimo. Y, por fin, que a la hora de escribirla y de leerla, la poesía se compone de poemas de curiosos objetos como piedras, y los poemas de palabras, esas duras exterioridades a las que nuestro orgulloso Yo logra tan difícilmente interesar y ablandar, dejándoles su huella impresa.

¿Debo decir algo de mí? Que nací en Extremadura, en la raya de Portugal, en 1926, que soy doctor en Filosofía por Madrid, y actualmente Lector de español en la Universidad de Roma. Seguramente sería más importante hacer constar que soy católico, puesto a hacer autobiografía. Pero podría aplicárseme la fórmula definitoria de “poeta católico”, y habría confusiones que no soy siquiera digno de provocar.

Mis libros son “Hombre de Dios” (1945), “La espera” (Premio Nacional 1949), “Doce poemas de Hoelderlin” (1949). De próxima publicación, en prosa, “Estudios sobre la palabra poética” y “Humboldt y la filosofía del lenguaje”. En preparación, otro libro de poesía.

DESPEDIDA ANTE EL TIEMPO

MADRE, hoy sé que he crecido sin salir
de tu seno, que he andado por la sombra
de tus montes hasta cumplir mi hombría,
que eres el fondo de mi playa hundiéndose
hacia mañana... Y al marchar me vuelvo
y empiezo a verte, ahora que ya es tarde,
y comprendo que estaba en ti, que todo
era bajo tus alas lo que era,
milagrera mamá en quien descansaban
la luz y la tiniebla, que podías
ahuyentar el horror; por quien el mundo
seguía siendo un cuento, un uniforme
de aviador o de capitán de barco.
Porque al anochecer siempre mandabas
dejar los juegos, recoger la vida
y dormirnos bajo tu mismo sueño.

Y si volvía a mi rincón, herido
el pecho primerizo, con las lágrimas
sin pena, y me encerraba en mi congoja,

vendrías, con tu taza y tu cuidado,
 a arroparme mejor, a la pared
 vuelto, como a una nada de juguete.
 El rodar de mis días transcurridos
 hacia allá, como piedras en torrente,
 tiene en medio un menudo son, un hilo
 que los cose, engarzando las mañanas
 y las noches, oído en duermevela;
 el perpetuo rumor de tus pantuflas
 besando el suelo de un rincón en otro,
 santificando el suelo, reuniéndolo
 con un solo latido, en una mano.

Hoy te veo, por fin, igual que un mueble
 que a nuestro lado estaba envejeciendo,
 hecho ya carne nuestra, en invisible
 gris de fidelidad, hasta que un día,
 con la luz de una muerte o de un viaje,
 despierta, se hace otro, y lo miramos,
 atónitos, su juventud difunta
 de adornos que ha borrado la costumbre.

Y hoy veo en ti tu niña antigua, aquella
 de las amarillentas cartulinas,
 que parece un amor mío perdido,
 esa muchacha que murió una tarde
 en que buscaba flores por el prado,
 anegada en las inmutables aguas
 de la maternidad, detrás del tiempo;
 viéndonos desde allí venir jugando,
 entrar saltando... A veces, sin sentirlo,

dices viejas palabras inservibles,
que suenan en tu ayer, a letra antigua,
las palabras de aquella niña muerta.
Entre tus manos hoy lo dejo todo
para entrar a la vida más ligero,
a ti que no te cansas de guardarnos,
para si nos perdemos de nosotros,
por si una vez volvemos, y pedimos
de nuevo comenzar: la ropa limpia;
la masa original de nuestros nombres,
el fondo de los días en tus arcas.
Todo está aquí para que lo rescates
de su enredo, mi armario de ilusión,
mi vida en borrador, para que vayas
sacando en limpio hacia el amor mis años,
hacia la soledad, hacia el mañana,
mientras yo voy andando por mi olvido.

Guárdame tú mi niño, hoy que sonrío
un poco avergonzado, temeroso
de enternecerme ante mi imagen trémula;
esconde entre tus sombras a mi niño,
miedoso de los perros y el demonio,
el niño que crecía muy de prisa,
devorando los días, inventándolos
antes de que llegaran, pensativo,
siempre en convalecencia, navegando
la enciclopedia, en alta mar de sueños;
niño que parecía estar cumpliendo
años de huerfanito, y no los suyos;
lleno de gravedad, de metafísica;

que acabó de ser niño cuando aún
le quedaba dolor de niño, un vasto
dolor, que le venía siempre grande,
sobrándole de un día para otro,
de un año para otro, de la infancia
para la juventud. Guárdame, madre,
mi resto de dolor, la primer llaga,
abierta todavía, y que hoy no puedo
regresar a cegar; ponlo en tus brazos
y cúrame el pasado con caricias,
besáme en el ayer, entra a callar
la pena, viva aún, de lo olvidado.

Guárdame mi retrato de muchacho
lúgubre, de silencio y pesadillas,
de tercas discusiones, abrasándome
las palabras, cegándome la vida;
de nublado pensar y andar sesgado,
con miedo de mi voz, asustadizo
de mi mirada... Mi retrato grave,
sobre el que ahora alumbro una sonrisa,
al volverme y mirarme en el reflejo,
adolescente rígido, absoluto,
denso, napoleónico, obstinado,
meticuloso en el soñar, consciente;
envuelto en mi respeto, revestido
de mí mismo, ministro de mí mismo,
avaro de mí mismo, aprovechándome
hasta el céntimo... Y lleno de ternura
amistosa y burlona, te lo entrego
a ti, que no te cansas de guardarnos,

de conservar imágenes, mirándolas
cegarse poco a poco, ser memoria...

Madre, hoy querría hablar, quiero inventar
mi palabra ante ti, que nunca tuve,
porque siempre he callado; he sido el niño
absorto, el niño esquivo a la caricia,
que tiene en carne viva la mirada.

Sí, porque siempre he estado allá, remoto,
como escondiéndome en mi propio espectro,
viéndote lejanísima, lo mismo
que en los gemelos al revés, de niño,
asomándome hasta mis propios ojos,
como a una cerradura; mi ojo izquierdo,
en la mesa, más hecho a ti, a tu lado,
mi sonrisa habitada sólo a medias...

Ahora querría hablarte y ya no puedo,
me ensordecen las olas del mañana,
el mugido del mar que está inudándome,
y me pregunto, silencioso, cómo
va a ser el aire cuando no lo vea
por ti, como el cristal de la ventana,
cómo será el dormir y el despertar
sin tu dulce fantasma en lo escondido
de la casa; cómo va a ser entonces
asomarme a los ojos donde quiero
dejar mi amor, hundido en su laguna,
y ver tu ausencia haciéndomelos graves,
maternales, definitivos, últimos;
cómo será el rezar, arrodillarme
con la oración de siempre, y advertir

que son palabras tuyas, las primeras,
que has dejado en mi boca hasta la muerte...

(De *La espera*.)

MAS ALLA DEL UMBRAL

"Softly my Future climbs the stair,
I fumble at my childhood's prayer
So soon to be a child no more!
Eternity, I'm coming, Sir,
Master, I've seen that face before."

Emily Dickinson.

YA sé, ya sé que estaba amaneciendo,
y en la neblina y en tus vagos párpados
empezaba la tierra, todavía
menos costumbre que ilusión, brotada
de un poso de campanas y de soles
madrugados de tu niñez. Cercando
al despertar con voz de caracola,
casi haciéndote daño, la esperanza,
desbordada y sin rostro, igual que todas
las mañanas, cantaba por tus venas
como un golpe de miel ebria, disuelto
al caer dentro de tu corazón.

Niña desobediente a tus deberes
de ser mujer, la cifra de tus años,
obstinada en tu infancia, en alargarla,
a esa hora sentias tú la vida

golosamente retrasada, entera,
palpada como fruta que da lástima
morder, por no romper la tersa piel.
Pero al salir un poco más a flote,
de súbito, entre el vaho rumoroso
de mares, de ciudades y de puentes,
sentiste que perdía pie un latido,
que te había llamado una voz nueva
con un nombre más grave, más secreto
e ineludible: el nombre de tu muerte;
que un pájaro augural se había oído,
y un viento del amor, por un instante,
vino a cubrir el ruido de las olas.

Como si amanecieras a un domingo
más solemne, aguardado largamente,
mirándolo acercarse y conversándolo,
y al comprender que es hoy, que ya no cabe
más ilusión, entonces le temieras,
lo quisieras dejar para otro día,
aplazarlo hasta nunca, por el miedo
a su cansado atardecer, la vuelta
de la fiesta, hacia el lunes, recontando
lo que por fin fué todo lo soñado;
así sentiste el corazón, con vértigo
alzarse contra el tiempo, rebelarse
contra su mismo peso de manzana,
vertido sin remedio hacia unas manos.
No era ya un nombre de hombre, ni estos ojos
en solemne atender al sacrificio,
no era esta voz quebrada, tal de un niño
que pide una limosna de ser grande
y de tener dolores de varón,
sino que viste atrás el hado, el tiempo,

la seria obligación de vida y tránsito.
Al fin, habrías de cumplir tus años,
sin demorarlos más; y recibías
al destino con tus trajes de niña,
hasta acabar de usarlos, por vez última.

Pensaste: "Y esto es todo. Mis inmensos
sueños son esto, igual que si muriera".
Yo entré casi con pena deteniéndome
ante ti, en tu país de luz antigua,
estremecido de respeto, viendo
tu casa, donde siempre es Navidades,
tu verano descalzo, siempre el mismo,
en que regresas a tu origen quieto,
tu crecer junto al mar, en tus raíces.

Ea, todo acabó. Pues todo sigue,
pero ya no es la misma tu mirada;
como si hubieras puesto un nuevo espejo,
hay una doble luz hoy en tu cuarto.
Llegó el amor a saltar tus reinos
de inmóvil sol, y no por los caminos
por que se viene y va hasta los inviernos;
ha venido del lado de la playa,
vagabundo, bajando desde el monte
donde se oía el mundo por las tardes.
Ahora sabes qué inútil fué volverte
a la pared, a atar el hilo roto,
querer resucitar viejos muñecos,
con mano dulce sujetar el alma.

Yo te vi someterte poco a poco,
quitarte la corona de ilusiones,
descender del sitial de libertad

a querer sin querer; he contemplado tu primera sonrisa temerosa, distraída, volviéndose a luchar contigo misma y el amor naciente, como asomada a una ventana, pero escuchando hacia dentro de la casa los pasos de alguien que entra; yo sé cómo alguna vez, al tiempo de tu risa, se veía cruzar un pez de sombra bajo tus ojos de agua abierta y clara. Ya bajas y gozosamente aceptas tu parte de dolor y amor. Colocas mi mano sobre tu cabeza y dices: "Heme aquí. Cúmplase en los dos lo escrito".

Pero nunca hay morir. Inesperada vida, como al pasar de un valle a otro, nos envuelve y se impone lentamente. Yo soy igual que tú. Yo tuve miedo antes también, y, mira, ahora rebusco hasta lo más pequeño y olvidado de mí para traerlo a que se queme en ti. Tras el primer escalofrío, como al caer una cadena de ancla por su escobén, con roce helado y súbito, se abre luego el silencio en anchos cercos y reina la mañana sobre el barco, así despierto ahora a la luz nueva, así siento inundarse en otra sangre, casi ajena, mi corazón, y palpo, atónito, el milagro, aún sin verlo, porque mis ojos todavía empiezan a aprender de las manos. Todo llega a la oblación en caravana alegre;

antes, mucho nombraba yo a la muerte
con mi primera voz, y hoy no hace falta;
su sello de verdad definitiva
lo pones tú en mis cosas. Para ti
he crecido de niño con sospecha
de un destino, y he estado preparando
con tiempo mi ternura y mi palabra,
mi antigua sumisión enardecida;
meditando qué fueran unos ojos,
empeñado en hacerme digno, en cada
paso, como si ya me vieras; siempre
vestido para el viaje, y todo en orden.

Aquí lo tienes, échalo en la hoguera
que nos tapa la oscuridad del bosque.
Ven, muerte mía, muerte de ojos claros,
y al hundirme en tus aguas dame vida,
vuelve a acunarme, cántame al nacer,
con tu voz, que no se oye de tan pura,
ábreme la mirada al nuevo día,
como tras de haber muerto, donde todo
depone su verdad. Ya, más difuntos,
andamos por un suelo más secreto;
aprendiendo a ser dos, vamos errando
descalzos por lo oscuro de la casa,
por donde al retumbar la voz se nota
que alguien vela en silencio; mientras mana
la esperanza en tinieblas, como fuente
que no se oye, mas todo lo enternece;
descendemos a nuestra roca viva
donde se posa el pie de Cristo, el peso
consolador de Dios, como una mano
en la frente del niño ciego; donde
nos empieza a nacer todos los días

nuestro Cristo de dos, resucitando
multiplicado el mundo, que se extiende
ahora con más montes y más tierras.

Y hoy que vamos creyendo en otros días,
juntando más amor para mañana,
y ponemos despacio en una hucha
los besos ahorrados, le decimos
a Cristo que es la hora de que llegue,
hoy que empieza a ser todo verdadero,
para que lo conviva y lo recoja;
que ya puede venir a compartir
nuestro pan de esperanzas, y a sentarse
con nosotros, ahora que tenemos
un rincón, entre dos almas, sin viento,
y una cuna de manos enlazadas;
que bajo nuestro techo de palabras
habite con los dos, para que se haga
verdad lo que decimos, y aprendamos
a estar cerca, y dejados en su sombra,
a ver la paz, y hablar y oír más bajo;
que sobra voz, ya siempre sobra voz...

(Inédito.)

INDICE

<i>El editor se justifica</i>	5
--------------------------------------	---

CARLOS BOUSOÑO

<i>El poeta y sus gustos</i>	21
Antología	27

GABRIEL CELAYA

<i>Poesía eres tú</i>	43
Antología	47

VICTORIANO CREMER

<i>Notas para acompañar a unos poemas</i>	63
Antología	67

VICENTE GAOS

Antología	83
------------------	----

JOSE HIERRO

<i>Algo sobre poesía, poética y poetas</i>	99
Antología	109

RAFAEL MORALES

<i>Poética</i>	125
Antología	129

EUGENIO DE NORA

<i>Respuestas muy incompletas</i>	149
Antología	159

BLAS DE OTERO

<i>Y así quisiera la obra</i>	179
Antología	181

JOSE MARIA VALVERDE

<i>Poética y metafísica</i>	199
Antología	201

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
SANTANDER, EN EL TALLER
DE ARTES GRAFICAS DE LOS
HERMANOS BEDIA, TRAVESIA
DE AFRICA NUM. CINCO, EL
DIA 10 DE JULIO DE 1952.

12 ed
50€

R57/4/5
(Foto)

tico, lo que de un modo noble refleja y magnifica ese tiempo.

Esa es la misión de nuestra Antología.

Para su composición, se ha consultado a más de cincuenta Poetas, Críticos y Rectores de Revista; la suma de coincidencias en sus opiniones, ha destacado los nombres que figuran en el libro.

Cada uno de ellos está representado por un trabajo de Poética y una selección de poemas e inéditos ya publicados.

30 pesetas.

D I S T R I B U C I O N E S M A R E S



APARTADO 629

VALENCIA

ANTOLOGIA CONSULTADA